

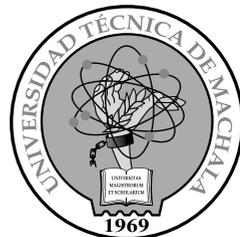
1 Edición



# Cuentos en Pandemia



Editorial  
UTMACH



Ediciones UTMACH

114 pág: 14,8 x21cm

**Título:** Cuentos en Pandemia - Edición 2022

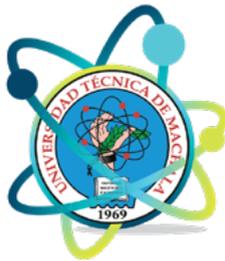
Fernanda Tusa Jumbo (Editora Literaria)

Primera edición

ISBN: 978-9942-24-158-0

Publicación digital

# Cuentos en Pandemia



El plato roto de la abuela Adrian Alexander Armijos Armijos		13
Capuza y un mundo de ensueños Camila Nadhezda Sanjines Flores		22
Solo un día más Bryan Michael Bazurto Arévalo		31
La cura de oro Lianet Cuesta Márquez		39
Las aguas mágicas del llanto Joyce Alexandra Macías Sánchez		51
Sé feliz Ashley Lilibeth Salazar Bravo		55
Entre Luces Moreno Alvarado Azalia Stefany		59
Entre gatos y pandemia Hector Ramiro Carvajal Romero		65

## Parte 1

Isixticrom te espera Allison Catalina Calle Chamorro	73
Pesadilla Jean Andrés Palacios Alvarado	80
Rebeca Camila Estefanía Medina Paladines	94
Injusticias en pandemia Brithany Stefania Paladines Carrión	98
Bendito amor de pandemia o ¿serendipia? Rosa Maria Sánchez Vargas	101
“Polito” el habitante de calle Emilia Elizabeth Chamba Vargas	107

## Parte 2

## Autoridades

César Quezada Abad - **Rector**

Amarilis Borja Herrera - **Vicerrector Académico**

Jhonny Pérez Rodríguez - **Vicerrector Administrativo**

Luis Brito Gaona

**Director de Investigación**

© Ediciones UTMACH

**Título original:**

Cuentos en Pandemia

Edición 2022

**ISBN:** 978-9942-24-158-0

© Autores

Karina Lozano Zambrano

**Jefe editor / Diseño y edición editorial**

Edison Mera León - **Diseño de portada**

Fernanda Tusa Jumbo - **Editora Literaria**

Primera edición

21 de abril 2022

Machala-Ecuador

Universidad Técnica de Machala - UTMACH

Correo: [editorial@utmachala.edu.ec](mailto:editorial@utmachala.edu.ec)

Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0).

# Prólogo

El escritor Lorenzo Silva considera que “la pandemia de la COVID-19 ha sido una buena ocasión para reivindicar el poder reparador, sanador y ensanchador de horizontes de la lecto-escritura”. En efecto, la realidad de esta crisis pandémica ha inspirado los 14 cuentos que aquí se recopilan y lo interesante de ello es que los autores no han rehuído a su llamado; al contrario, han encarado los traumas de su época con una prosa simbólica llena de significados alusivos a la vida, la muerte, el amor, la amistad y demás valores universales que se manejan de forma magistral en cada texto.

Frente a la COVID-19, los escritores decidieron exorcizar sus miedos a través de sus cuentos y es que muchos vieron el confinamiento como una oportunidad de concentración de sus proyectos literarios, pues el encierro fue una especie de montaña rusa de mil y un emociones que nos acompañaron en el espacio íntimo del hogar. En aquellos momentos, aunque el panorama era oscuro, estábamos escribiendo la vida, afirma Winston Manrique.

Jordi Doce coincide al decir que “la escritura irrumpió como la única forma que teníamos de contarnos a nosotros

mismos esa extrañeza y la manera de domesticar la soledad era escribiendo. Veíamos la ciudad por la ventana y comprobábamos la soledad fantasmal de las calles. Al ver el espacio urbano vacío de gente parecía que el silencio se hubiera instalado para siempre”.

La quiebra individual y colectiva que supuso la pandemia sirvió como la mejor terapia posible para que estos autores reflexionen, desde su arte narrativo, sobre el confinamiento, la soledad acompañada, el aislamiento social y demás problemáticas coyunturales que fueron significativas en el año 2020, como el tema de la injusticia, la corrupción y el medio ambiente.

La pandemia ha servido para redescubrir el potencial de la literatura. De hecho, la COVID-19 insufló el ánimo suficiente a nuestros jóvenes para iniciar la escritura de sus textos. Tal como explica Paloma Sánchez-Garnica, la literatura trasciende el dolor e indaga en lo humano. En un confinamiento matizado por el miedo y la incertidumbre, la escritura nos ha permitido sentirnos vivos puesto que al momento de escribir estamos construyendo formas distintas de libertad que, en tiempos de oscuridad y desasosiego, constituyen una luz para los demás.

Estos jóvenes han dado un uso imaginativo a la tristeza a través de sus creaciones literarias, han tomado a la pandemia como un problema argumental de la época que les ha tocado vivir, matizando sus narraciones con la textura de la vida cotidiana, escribiendo en torno al efecto corrosivo del aislamiento, las nuevas interacciones casuales y los retratos familiares en confinamiento, refiere Alexandra Alter.

Hemos constatado cómo la literatura puede ser una manera de procesar, a solas, la agitación emocional derivada de la COVID-19. Para Isabel Allende, la experiencia de todo el planeta congelado por un virus es tan extraordinaria que es

uno de esos acontecimientos que marcan una era y debe estar plasmada en los libros. Mientras que Pablo Ramos cree que el hecho de “que una persona se siente a escribir en este mundo es un milagro, y que se siente a escribir sobre lo que le pasa a su alrededor es un milagro aún más elevado”.

En esta pandemia se ha escrito sobre los reveses de la vida y se han transformado las tragedias personales en literatura, a través de cuentos autorreferenciales que denotan cómo el “artista es una cápsula de espacio-tiempo, quien tiene algo adentro, único e irrepetible, que tiene que darle al universo para que termine de formarse”, en palabras de Pablo Ramos.

De acuerdo con Carla Faesler, escribir es pensar, pero también es una forma de resistencia. En este entorno frágil en el que sobrevivimos, en estas épocas apocalípticas que condicionan el imaginario social, solo con la imaginación vamos a salir adelante. Por ello, mi reflexión se orienta a ver a la literatura como un trabajo. El hacer literario es un espacio de libertad. Por tanto, la literatura sigue siendo, especialmente ahora, una actividad sumamente estimulante. La experiencia de la escritura es una vocación de vida que marca el destino de quien lo ejerce, explica Diamela Eltit.

Después de dos años de crisis sanitaria habría que preguntarnos si la experiencia de la pandemia hará mejor a la humanidad. Antonio Muñoz Molina considera que la COVID-19 nos ha enseñado la fragilidad del mundo en el que vivimos. Pasar por esta experiencia y no aprender nada de ella es suicida. ¿Y cuál es nuestro aprendizaje entonces? Para mí, lo condesa la reflexión de Wislawa Szymborska, cuando afirma que, en medio de una crisis mundial, aún resisten los anhelos artísticos. Y eso aplaudo en la iniciativa de estos jóvenes, cuyos textos alumbran nuestro devenir.

Para Anne Boyer, la literatura siempre está cambiando, siempre se renueva, se transforma. A medida que la vida va

cambiando, la literatura también lo hará. Es como una luz que nos ayuda a entender, a sentir y a ver el mundo de manera diferente. Al final, la escritura debería convertirse en el amor de nuestras vidas.

El COVID-19 ha dejado una huella inexorable en la literatura. Y es que estos cuentos son un valioso testimonio, en primera persona y a nivel emocional, de cómo los jóvenes han encarado la pandemia desde el arte narrativo. Y esto no sería posible sin el llamado del Centro de Investigaciones, a través de su Unidad Editorial, de fomentar concursos que auspicien la creación literaria, la escritura creativa y la redacción libre sin armazones académicos.

En palabras de Matías Molle, la escritura siempre debe estar ahí como una parte importantísima de nuestra formación, como una posibilidad única e irrepetible de explorar, deconstruir, comprender pensamientos y encontrar verdades. Nuestros jóvenes escritores han plasmado sus sentimientos más nobles en estos cuentos, mostrándonos que a pesar de los tiempos convulsos que nos ha tocado vivir, todavía existe esperanza, y esa esperanza la constituye indefectiblemente las generaciones infantojuveniles que nos heredan.

Quiero culminar este prólogo invitándolos a leer ávidamente estos 14 cuentos aquí compilados, los cuales nos muestran un universo narrativo extraordinario, atomizado en profundas reflexiones de lo que significa la vida y la humanidad. En este punto, me gustaría despedirme con el poema 'En tiempo de pandemia' de la escritora Kitty O'Meara. Dice así:

Y la gente se quedó en casa. Y leyó libros y escuchó. Y descansó e hizo ejercicio.

E hizo arte y jugó. Y aprendió nuevas formas de ser. Y se detuvo.

Y escuchó más profundamente. Algunos meditaban. Algunos rezaban.

Algunos bailaban. Alguno se encontró con su propia sombra.

Y la gente empezó a pensar de forma diferente. Y la gente se curó.  
Y en ausencia de personas que viven de manera ignorante,  
peligrosas, miserables, oportunistas, sin sentido y sin corazón,  
La tierra comenzó a sanar.  
Y cuando pasó el peligro, y la gente se unió de nuevo, lloraron sus pérdidas,  
y tomaron nuevas decisiones. Y soñaron nuevas visiones.  
Y crearon nuevas formas de vida. Y sanaron la tierra por completo,  
tal y como ellos habían sido curados.

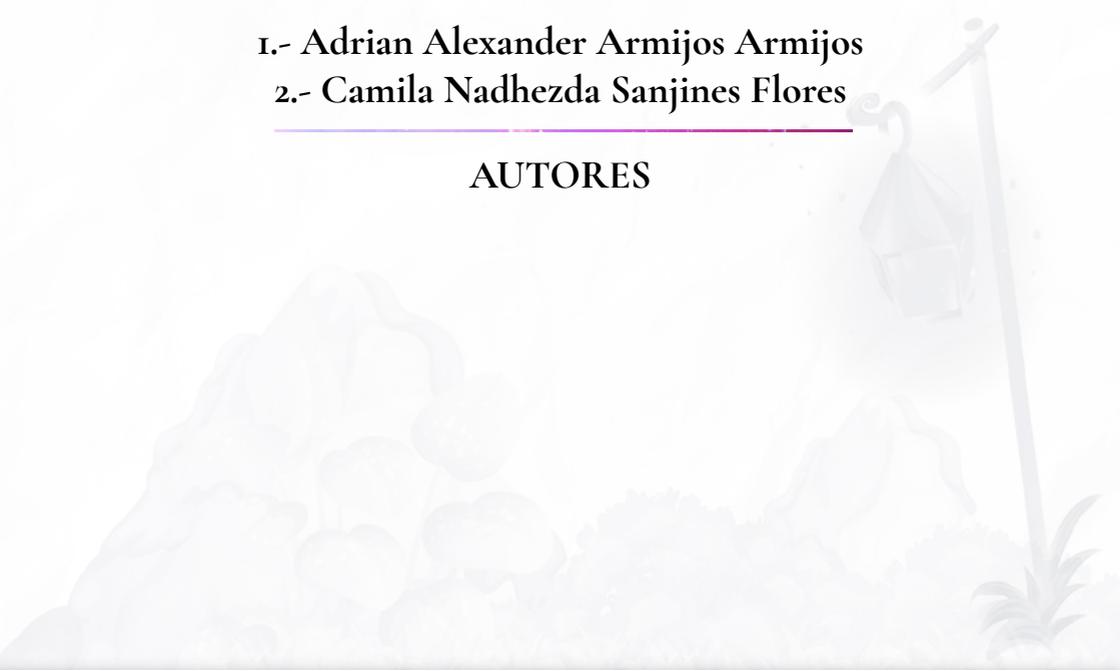
Fernanda Tusa  
**Editora Literaria**

*Primer lugar:*

- 1.- El plato roto de la abuela**
- 2.- Capuza y un mundo de ensueños**

- 1.- Adrian Alexander Armijos Armijos**
  - 2.- Camila Nadhezda Sanjines Flores**
- 

**AUTORES**



# El plato roto de la abuela

---

Hace mucho tiempo había una niña llamada Abril, tenía el cabello largo y rizado con unos ojos grandes de color avellana, vivía en una pequeña ciudad, su casa era grande de dos pisos con un hermoso jardín y tenía un pequeño gato llamado Bigotes. Abril vivía con sus padres y su abuela. Un día la niña dejó de ver a sus padres y comenzó a pasar más tiempo en casa con su abuela.

–¿Dónde están mis papás? –preguntaba la niña mientras veía por la ventana, en busca de sus padres.

– Están en el trabajo, mi niña – contestó la abuela.

– Pero ya pasaron dos días – dijo la niña mientras se iba a la cocina con su abuela.

– Es verdad – dijo la abuela mientras le daba un vaso con leche tibia – pero no debes de estar triste, debes de estar muy feliz.

– ¿Por qué? –preguntó la pequeña Abril.

– Porque tus papás salvan muchas vidas – dijo la abuela mientras servía un plato con avena caliente.

- Pero, ¿cómo? –pregunto una vez más la pequeña Abril
- Bueno – comenzó a decir la abuela mientras enfriaba la avena –Tu mamá es enfermera y tu papá doctor.
- Pero no tienen superpoderes –dijo la pequeña mientras alzaba los brazos.
- La abuela comenzó a reír por las pequeñas ocurrencias de Abril.
- Es verdad, ellos no son superhéroes como la “Mujer Maravilla” o “Superman” pero no los necesitas para ser un héroe
- contestó la abuela.
- ¿Yo puedo ser una superheroína? –dijo Abril mientras le daba un sorbo al vaso de leche tibia.
- Por supuesto que sí, y yo estaré ahí para ayudarte – dijo la abuela mientras ponía sus manos en los cachetes de la pequeña.
- No abuela, basta – decía la pequeña Abril mientras se reía a carcajadas en su silla –Me haces cosquillas.
- Eres una buena niña y estoy segura que en el futuro ayudarás a muchas personas al igual que tus padres.
- ¡Sí! –dijo la niña con entusiasmo.
- Pero para lograrlo, primero debes comer todo este tazón de avena que te preparé – dijo la abuela mientras le servía un tazón de avena tibia a la pequeña.
- No me gusta la avena – dijo Abril mientras se cruzaba de brazos y negaba con la cabeza. Abril renegó un par de veces y luego vio entrar a Bigotes a la cocina y fue en busca de él.
- Tienes que comer para que crezcas grande y fuerte –dijo la abuela.
- A Bigotes y a mí no nos gusta la avena –dijo Abril con Bigotes en brazos.
- Si, pero Bigotes come mucha comida para gato y por eso está grande y fuerte, Bigotes puede subir al árbol más grande y bajar sin ningún problema –dijo la abuela para persuadir a

la pequeña Abril –dame a Bigotes para que puedas comer tu avena y después podrás jugar con él.

En ese momento la niña con la idea de que algún día sería una superheroína y de que junto con su amigo Bigotes escalarían muchos árboles, comenzó a comer su avena mientras que se le escapaban pequeños sorbos de entre sus labios, debido a la sonrisa que le provocaba la idea de salir a jugar con Bigotes.

Cuando termino de comer se fue al baño para lavarse los dientes y luego dirigirse a la cama, cuando estaba caminando por la gran sala de su casa, miró hacia una repisa que estaba por encima de una vieja chimenea y vio un plato puesto de pie, siempre se había preguntado por qué estaba roto.

La niña observó el plato lleno de grietas unidas por un pegamento, el plato estaba limpio como si recién lo hubieran lavado, era de color blanco con bordes dorados y en el medio se podía ver un hermoso ramo de rosas con dos palomas blancas a su alrededor, se podría decir que casi era mágico.

– ¿Qué sucede? – preguntó la abuela cuando bajaba por las escaleras con Bigotes a un lado de ella, en busca de la niña.

– Nada – mintió la pequeña Abril.

Al subir por las escaleras y pasar por la habitación de sus padres vio que estaba oscura y la cama seguía tendida como si nadie la hubiera tocado durante años.

La abuela observó cómo su pequeña nieta se ponía triste a cada paso que daba hacia su habitación.

Al acostarse en la cama su abuela se sentó en una silla a un lado de la misma, esperando a que la niña dijera lo que le sucedía, porque la abuela sabía que los niños necesitan expresar lo que sienten, para que en un futuro cuando sean mayores

callen y escuchen a los más pequeños, así se crea un lazo de confianza.

– Abuela – dijo la pequeña niña con los ojos llenos de tristeza.

– ¡Oh, mi niña! ¿dime qué sucede? – dijo la abuela mientras la abrazaba.

– ¿Por qué papá y mamá aún no regresan del hospital? – preguntó Abril.

La abuela en ese momento tomó a la niña en sus brazos y comenzó a balancearse de adelante hacia atrás.

– Tus papás escogieron una de las profesiones más responsables y maravillosas – dijo la abuela mientras limpiaba las lágrimas entre las mejillas de Abril – Tu mamá recibe pequeños milagros y tu papá ayuda a salvar vidas todos los días.

La pequeña Abril tomó de la cola a Bigotes para poderlo llevar a sus brazos y con una pequeña voz continuó:

– Yo no quiero ser doctor o enfermera – dijo la pequeña.

– Y tienes todo el derecho de escoger lo que más te gusta, nadie puede decir lo que tienes que estudiar o lo que tienes que hacer, lo único que tú puedes hacer es escuchar sus consejos y tomarás tus propias decisiones, pero, hablaremos de eso cuando seas más grande – dijo la abuela mientras abrazaba a la pequeña Abril.

Después que la abuela calmara a la pequeña Abril, esta se quedó profundamente dormida entre sus brazos. Era una noche tranquila con un cielo estrellado, la luna se podía ver a todo su esplendor desde la ventana de la habitación de Abril.

A la mañana siguiente cuando la pequeña niña estaba desayunando se armó de valor y preguntó a su abuela:

– Abuela –dijo Abril –¿por qué guardas un plato roto?

La abuela antes de contestar, regresó a ver a la niña con una mirada llena de ternura, y dijo:

– Cuando tu papá tenía tu edad le encantaba que le contara esta historia.

– ¡En serio! ¡cuéntame! ¡cuéntame! – comenzó a decir emocionada mientras daba pequeños saltos en la silla.

La abuela jalo una silla y se sentó justo al lado de la pequeña la miró por un instante y prosiguió:

– Hace mucho tiempo ese plato me lo dio tu abuelo en nuestro primer aniversario – la buena sonrió y luego continuó –. Eran tiempos difíciles y él era muy detallista, es lo mejor que solía hacer.

– ¿Qué son los detalles? –interrumpió Abril.

– Los detalles son pequeños regalos que le das a una persona que quieres mucho – contestó la Abuela cuando le daba un pequeño toque en la nariz de su nieta.

La pequeña asintió con la cabeza indicando que había entendido lo que la abuela le había explicado.

– Estábamos caminando por el mercado en busca de verduras frescas, yo estaba concentrada en la lista que llevaba conmigo y entonces tu abuelo desapareció.

– ¿Y luego qué hiciste? – pregunto la pequeña.

– Comencé a buscarlo por todos lados y cuando lo vi traía una sonrisa de oreja a oreja, entonces comenzó acercarse poco a poco hasta que se paró al frente de mí, sacó de tras de él algo envuelto en periódico y cuando me lo entregó me dijo: *feliz aniversario*.

– ¡Qué romántico! – dijo la niña mientras se cubría el rostro con sus manos.

La abuela dejó escapar una risita.

– Tienes razón –contestó la abuela.

– Pero, ¿por qué está roto? –preguntó impaciente.

– A eso voy, no desesperes –dijo la abuela y antes que continuar con su historia el teléfono sonó –Ya regreso, dame unos minutos.

Y la abuela fue en busca del teléfono que no paraba de sonar y la pequeña Abril comenzó a brincar en la cama diciendo que le gustaría que alguien le diera un detalle como el que le dieron a la abuela.

– Te imaginas Bigotes –comenzó a decirle al gato que estaba intentando dormir en la cama – que alguien te dé un detalle.

– Meoww– maulló el gato en respuesta.

–Yo quiero un presente muy bonito, un vestido, juguetes y muchos dulces – comenzó a brincar en la cama mientras Bigotes comenzaba a huir de ese alboroto.

– ¿Por qué brincas en la cama? –dijo la abuela cuando entró a la habitación y vio como Bigotes salió corriendo por el pasillo –te puedes caer y lastimar.

– Abuela, Abuela, yo también quiero un detalle – comenzó a decir la niña.

- Y lo tendrás, todos los niños buenos reciben sus detalles-  
– ¡Sí! –gritó la niña con entusiasmo.  
–¿Aún quieres que te siga contando la historia? –preguntó la abuela.  
– Sí, Sí – decía repetidas veces la pequeña Abril.

La abuela mientras escondía algo detrás de ella se dirigió a la silla y entonces continuó.

- Al pasar los años ese plato vio cómo superamos muchos obstáculos como familia, uno de ellos fue cuando tu papá era niño, él estaba brincando en la silla, se resbaló golpeando la mesa cayéndose él y el plato en el que estaba comiendo.  
– ¿Papá se cayó? – preguntó Abril con la miraba llena de curiosidad.  
–Sí, es por eso que los niños no deben de brincar en las camas ni en las sillas o muebles.  
– ¿Y luego qué pasó? – preguntó Abril mientras se sentaba en la cama.  
– Lo llevamos al hospital y le pusieron un yeso en la muñeca y cuando regresamos boté el plato a la basura, pero sucedió un milagro ese día – dijo la abuela con voz misteriosa.  
– ¿Qué cosa? – dijo Abril ahora sentada en el borde de la cama.  
– Al otro día el plato estaba unido con pegamento y puesto en la estantería encima de la chimenea.

En ese momento extendió sus manos con el plato en ellas, Abril lo miraba con asombro, como si fuera la primera vez que lo viera.

- Unos años después –continuó la abuela –hubo un temblor que sacudió la casa y entonces el plato en la estantería se vol-

vió a caer rompiéndose aún más yo lo quise tirar al igual que la ocasión anterior y tu abuelo no me dejó.

– ¿Por qué el abuelo quería guardar ese plato si ya no sirve? – dijo la pequeña Abril.

– Yo también me preguntaba eso, y tu abuelo contestó: “*ese plato es símbolo de nuestro amor, porque es testigo de todos los buenos y malos momentos que hemos pasado juntos como familia*”

– Que bonito – dijo Abril mientras daba pequeños saltos estando sentada en el borde de la cama.

La abuela le acariciaba la cabeza mientras sonreía.

– Abuela – dijo Abril.

– Dime pequeña-

– ¿Cuál crees que es el símbolo del amor de mis padres? -

La abuela sonrió y con voz suave dijo:

–¿Has visto los collares que llevan puestos? – preguntó la abuela.

– Sí – asintió Abril.

– Dentro del amuleto hay una pequeña foto de ustedes tres juntos – dijo la abuela mientras que con su mano tocaba el plato –porque el verdadero símbolo de amor es la familia.

Abril quedó maravillada por la respuesta que su abuela le había dicho y supo que no es importante que un objeto sea caro para que sea considerado como un presente porque ese presente tan valioso es la familia.

Al día siguiente llegaron los padres de Abril, la pequeña los recibió con un fuerte abrazo y lágrimas al saber que la abuela había preparado una sorpresa cuando fue a contestar el teléfono, y los padres de Abril trajeron con ellos un peque-

ño presente, un hermoso collar con un amuleto y dentro traía una pequeña foto de sus papás junto a su abuela y Bigotes, para que a donde quiera que vaya Abril, siempre vayan juntos y que sepa que hay una familia esperándola en casa con los brazos abiertos.

### Fin

Este cuento está dedicado a aquellos niños que pasaron solos o que en su hogar faltó una figura paterna o materna, quienes tuvieron que asistir a cumplir sus labores durante la pandemia ocurrida en el año 2020, niños y niñas quienes, a pesar de las adversidades, se sintieron orgullosos de sus padres. Y que al igual que la abuela cuidaba de su plato como una de sus más preciadas reliquias, tú también puedes cuidar lo que más quieras, como un peluche, un anillo, un collar, una manilla, siempre y cuando lo consideres un símbolo de amistad o de amor. Y recuerda que no necesitas usar una capa o tener súper poderes para poder ayudar a los demás.

# Capuza y un mundo de ensueños

---

Hace mucho tiempo atrás, en la provincia de El Oro, existían diversos manglares que eran la vida del pueblo puesto que estos al verlos lograban hacerte sentir paz y libertad en tu interior, como si en las nubes estuvieras y volaras sin reglas en una sana convivencia con la naturaleza. A las orillas de los manglares de los esteros de la costa orense, aledaños al cañaveral del río Jubones, vivía un cholo conocido comúnmente como Capuza, un muchachito de 15 años, quien conocía los manglares como la palma de su mano. Los cholos se caracterizaban por ser amables y Capuza no era la excepción, un cholo que nació, creció y vivió al pie de ellos, junto con su amigo llamado Jorge, un compañero de vivencias y aventuras, con la diferencia de que él no era un cholo, sino un campesino; sin embargo, vivía también en los alrededores de los manglares.

Cierto día Capuza se encontraba con Jorge a la orilla del río, esperando recoger los manjares que este dejaba como: conchas, mejillones, cangrejos, almejas, ostras, entre otros; mientras disfrutaban de la presencia de las garzas a las

cuales, desde pequeños, les decían la señora patas largas, y de la hermosa vista que la naturaleza les brindaba durante el atardecer. Capuza pensaba que ese era uno de los mejores regalos puesto que el sol brillaba como si se tratara de una pieza de oro y no se diga de la brisa que abrumadoramente refrescaba a todos los que allí vivían. De pronto Capuza tuvo una idea.

- Jorge, ¿qué te parece si esta noche nos encaminamos en una aventura? -

-Pero ¿qué clase de aventura Capuza? -

-Una por encima de las olas, en las profundidades del mar-

-Pero ¿Cómo? Si no tenemos lancha, y te recuerdo que la marea se pone brava por las noches-

-Tengo la lancha de mi papá, y por la marea no te preocupes, se cómo dirigirme-

-Explicate-

-Cuando el agua se ponga turbia, debemos contar tres olas bravas, las cuales debemos esperar que pasen, y luego poner en marcha la lancha porque vendrán dos olas mansas y así durante las dos horas que la marea esté brava-

-Interesante Capuza ¿Cómo es que sabes tanto sobre las mareas y de cómo enfrentarlas?

-Es sencillo Jorge, cuándo tu naces y creces a lado de estos manglares, las playas, las islas y la arena, conoces todo: por tus ancestros, por las historias que se cuentan, por las vivencias que nuestros padres nos narran. Y de esta manera aprendes sobre todo ello, porque un día lo vivirás, un día formarás una familia, y uno debe conocer el lugar donde vive, para poder trabajar; aunque, sabes muy bien que estos manglares son la vida de todos, tenemos los mariscos en abundancia y no nos falta nada, desde pequeños aprendemos a tomar del mar nuestros peces, conchas, cangrejos, camarón, y un sinfín

de animales marinos, pues es una infinita despensa a nuestro alcance. Y por tal motivo desconocemos el significado de pasar hambre, ya que además todos los campesinos que vivimos aquí, somos generosos y los vecinos siempre te regalan un plato de comida si tú lo necesitas-

-Tienes toda la razón Capuza, gracias a esta naturaleza vivimos en un mundo de ensueños, no nos faltan alimentos, nuestra vestimenta es cómoda y disfrutamos de los paisajes que ella nos brinda, sin duda la vida que llevamos es de armonía, de paz, nuestra única preocupación es cuidar de ella. Está bien Capuza, te acompaño en esta aventura, pero que te parece si invitamos a Bolita y a Sol-

-Bueno, pero avísales, nos vemos al anochecer, trae tu guitarra para disfrutar de unas buenas melodías durante este viaje-

-Claro Capuza, aquí nos vemos al atardecer-

Capuza terminó de recoger los mariscos para la merienda de su familia, mientras Jorge fue a buscar a Bolita y a Sol para emprender su nueva aventura.

Al anochecer, se encontraban listos Jorge, Sol, Bolita y Capuza para aventurarse por el mar.

-Esta noche será increíble- dijo Capuza.

-Será una noche que no olvidaremos nunca en nuestras vidas, recogeremos una experiencia, que en un futuro le contaremos a nuestros hijos- dijo Bolita.

-Entonces, ¿qué esperamos para empezar esta aventura? -dijo Sol muy entusiasmada.

- ¡Andando!, subamos a la lancha que esta aventura está por comenzar - dijo Capuza con una gran sonrisa.

En ese momento los cuatro chicos subieron a la lancha y tal como dijo Capuza, su aventura recién comenzaba. Llevaban alimentos y una guitarra, para animar todo su viaje, no sabían con lo que se podían encontrar, ya que el mar te puede dar sorpresas.

Quien dirigía la lancha era Capuza, pues conocía a diestra y siniestra los secretos del mar, ya que para llegar a él debía salir por el camino del manglar, el cual tenía forma de zigzag. Una vez que llegaron a la boca del manglar, ya había oscurecido y las estrellas empezaban a aparecer, junto al gran resplandor de la luna que iluminaba la noche, siendo esta una vista increíble y maravillosa.

-Jorge, ¿sabes a qué canción me recuerda el ver todas estas estrellas en su gran resplandor? – dijo Capuza.

-Claro que si mi buen amigo, no hace falta que me lo digas, que en este momento la empiezo a entonar-

En ese mismo instante Jorge tomó su guitarra y comenzó a tocar la canción de la piragua:

*Me contaron los abuelos que hace tiempo  
navegaba en el Cesar una piragua  
que partía de El Banco viejo puerto  
a las playas de amor en Chimichagua.  
Capoteando el vendaval se estremecía  
e impasible desafiaba la tormenta  
y un ejército de estrellas la seguía  
tachonándola de luz y de leyenda.  
Era la piragua de Guillermo Cubillos.  
era la piragua.  
Era la piragua (bis)  
Doce bogas con la piel color majagua*

*y con ellos el temible Pedro Albundia,  
en las noches a los remos le arrancaban  
un melódico rugir de hermosa cumbia.  
Doce sombras, ahora viejos ya no reman,  
ya no cruje el maderamen en el agua,  
solo quedan los recuerdos en la arena  
donde yace dormitando la piragua.* (Barros, 1969)

Todos sus amigos lo acompañaban cantando a todo pulmón. Mientras Sol servía un poco de agua de coco fresca, que había traído de casa.

-Esa misma Jorge, me conoces tan bien—dijo Capuza

-Pero miren el cielo se puso más estrellado, no dudaría que tal vez hoy, caiga una estrella fugazmente—dijo Bolita y en sus ojos se veía un destello de esperanza.

-Tal como dice la canción, recalcó Jorge, en el cielo de esta noche hay un ejército de estrellas, que nos siguen y acompañan en nuestra aventura, por lo que estarán atentos por si cae la estrella fugaz, pedirán su deseo—dijo Jorge riendo un poco al final.

-Saben chicos, nunca he visto una estrella fugaz, espero que esta noche aparezca, para así pedirle mi gran deseo—dijo Sol.

-Y ¿cuál es ese gran deseo Sol? —preguntó Capuza con curiosidad.

-Es un secreto— respondió Sol.

Y así pasaron la noche, contándose historias, cantando y riendo sin preocupaciones, disfrutando de su aventura, inclusive cayó la estrella fugaz, desprendiéndose del cielo y cada uno de ellos pidió su gran deseo. Capuza pidió gustarle a Sol, Jorge pidió tener su propia lancha para encaminarse en sus propias aventuras, Bolita pidió tener un perrito y

Sol pidió gustarle a Capuza. Regresaron al amanecer junto al canto de los pájaros que con su gran melodía agradecían por un nuevo día, sus padres los recibieron y les preguntaron por tan increíble aventura.

Los meses pasaron y comenzó aparecer el encanto de aquellos deseos y al primero en cumplirse su deseo fue a Bolita, ya que un día mientras llegaba de recoger los frutos del mar que del manglar arrancaba, su mamá lo sorprendió con el perro que tanto deseaba.

Bolita inmediatamente corrió a contarles a sus amigos que su deseo se había cumplido y todos en su interior pensaban y anhelaban que los suyos también se cumplan.

Y el tiempo prosiguió, hasta llegar a las fiestas navideñas y fue cuando la magia volvió a brillar, esta vez el afortunado fue Jorge, a quien su padre le había comprado una lancha, que la bautizó con el nombre de Matías, para que realice la pesca y la use cuando quiera volver a encaminarse en otra aventura mar adentro.

Pasaron los años, Sol no se había olvidado de su gran deseo; sin embargo, se sentía frustrada porque la estrella no había funcionado con ella, pero la vida la sorprendió, ella nunca perdió su amistad con Capuza, siempre lo acompañó en todas sus aventuras desde aquel viaje se habían unido más, y gracias a él había aprendido los secretos del mar, aprendió a escuchar a la naturaleza y a cuidar de ella ya que los manglares representaban vida, eran todo para el cholo de la costa que vivía muy cerca en la playa.

Cierto día Sol ya iba a cumplir 18 años, y fue cuando la estrella fugaz cumplió su deseo; aquel día por fin Capuza decidió declararle su amor, sentados a la orilla del mar y contemplando el brillante atardecer, de esos que nunca se olvidan.

Todo parecía increíble, la vida de ensueños que cualquiera desearía tener, los cuatro jóvenes, se volvieron inseparables;

Jorge felicitó a Capuza por al fin declarársele a Sol, Bolita seguía con su fiel compañero Thor, que también se sumó a las aventuras. Ya que los tres fueron aprendices de Capuza comenzaron a entenderlo todo, desde cómo se relaciona el mar con la luna, hasta observar más de cerca cualquier tipo de especie marina.

Sin embargo, todo cambió cuando cierto día llegaban de pescar, vieron inmensas maquinarias pesadas y Capuza inmediatamente fue al pueblo a averiguar qué era lo que sucedía, porque ese tipo de máquinas estaban a las orillas del manglar.

Sus amigos y su novia lo siguieron, pero se encontraron con una gran sorpresa, personas de traje y con uniformes de construcción se encontraban discutiendo con los abuelos del pueblo, todos se metieron a ver que sucedía, cuando la madre de Sol les informó.

-Vienen adueñarse del manglar, para explotarlo a su favor y hacer dinero, nos vienen a quitar lo nuestro, eso está sucediendo-

Capuza junto con Jorge intervinieron en aquella discusión.  
- ¿Cómo es posible que quieran adueñarse del manglar? ¿que quieran explotarlo a su favor? ¿no se dan cuenta! el manglar es vida para todos en este pueblo, y para las ciudades cercanas, no pueden venir y dañar la naturaleza, ¿qué es lo que se han creído para hacer esto? –dijo Capuza, secundado por Jorge.

-Miren jovencitos no se metan, ese manglar será talado para instalar camaroneras, que serán a futuro nuestras, así que váyanse despidiendo de todo lo que un día era su vida. –dijo un señor a quién se lo conocía como una persona de gran poder, de gran dinero.

Pasaron los días, y todos en el pueblo se preocuparon, cada día llegaba maquinaria pesada a dañar todo el manglar, a quitarle la vida a la naturaleza, ni por más que todos los jóvenes del pueblo se reunieron para tratar de evitar la gran catástrofe, no lo pudieron salvar del gran poder, del depredador ciego de la ganancia a costa de cualquier desastre natural, llegaban con guardias que quitaban del camino a los ancestros de esas tierras, sacándolos a rastras para, ya sin resistencia, dañar más y más el manglar.

Todos en el pueblo se lamentaban por las pérdidas que sufrían, ya que sin el manglar no había vida, todos los colores que alguna vez tenían, desaparecieron totalmente, ahora solo era un oscuro gris. Solo pudieron observar cómo aquellos hombres de traje realizaban piscinas para cultivar camarón y de tal manera ganar dinero para sus propios bolsillos, e inclusive les prohibieron la cercanía de cien metros a la redonda, y hasta hoy pasa resguardado día y noche.

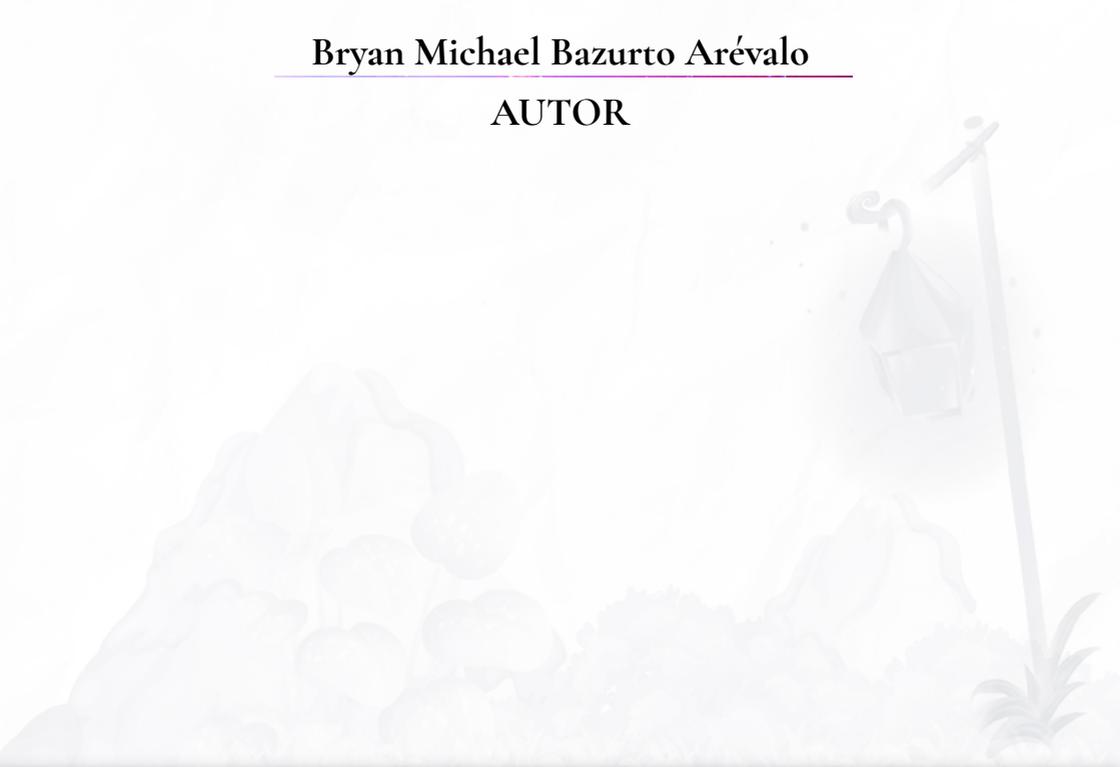
Con la pérdida de todo ello, les tocó a muchos buscar trabajo en la ciudad para poder vivir una vida decente y mantenerse. Desde aquel momento apareció la preocupación, los días de pasar hambre habían llegado, su alacena natural se había destrozado, el cholo del manglar y de la pesca fue herido mortalmente. Al final solo quedaban los grandes y maravillosos recuerdos de las historias que reposaban en las memorias de todos los campesinos de aquel ya inexistente manglar.

*Segundo lugar:*

## **Solo un día más**

**Bryan Michael Bazarro Arévalo**

**AUTOR**



# Solo un día más

---

Si tan solo te quedara un día de vida, ¿Con quién lo pasarías?

Hubo una vez, hace unos cuantos años atrás, una pequeña familia conformada por una madre y sus dos hijos, uno de diez y otro de seis años. El mayor llevaba por nombre Flint y el menor era Carl, los tres llevaban una buena y tranquila vida en una cabaña en las montañas cerca del lago, fue la herencia que el fallecido padre de la familia les había dejado.

Una tarde de domingo, Flint y Carl decidieron ir a jugar a orillas del lago sin el consentimiento de la madre, jugaban encima de una gran roca donde antiguamente los campistas solían pescar, la roca se encontraba con mayor humedad de lo normal, dado que, durante la semana, los días pasaron en su mayoría con un clima lluvioso, había surgido un extraño moho en los alrededores de la roca y ni Carl ni Flint se habían percatado de ello.

Los niños brincaban y reían encima de la roca sin notar las condiciones en las que esta se encontraba, Carl tarareaba una vieja canción

de cuna mientras daba vueltas por la roca y Flint observaba sentado la apacigüe agua del lago; al no notar el moho en la húmeda roca, Carl resbaló cayendo hacia el borde de la misma y luego hacia el lago, tan solo alcanzó a decir el nombre de su hermano y cayó al agua mientras Flint se quedaba atónito ante lo que le había sucedido. En un desesperado intento de rescate, Flint intentó darle la mano a Carl, pero la roca era alta y ninguno de los dos sabía nadar, en ese momento, Flint supo que lo estaba perdiendo todo, estaba perdiendo a su hermano.

- ¡Carl! ¡Carl! ¡Dame la mano! ¡Por favor!... Dame la mano- sus lágrimas corrían por su rostro y se mezclaban con el agua del lago que se acabaría llevando la vida de su hermano frente a sus ojos.

Carl falleció y las semanas pasaron, tanto la madre como Flint, se hundían en una terrible depresión, aunque Flint trataba de parecer fuerte ante la situación, la madre lloraba desconsolada durante las madrugadas. Cierta noche, mientras Flint descansaba en su alcoba, la madre abrió la puerta y le gritó:

- ¡Es tu culpa! ¡Él murió por tu culpa! – Aquellas palabras lastimaron el corazón del niño que de por sí se sentía culpable; todo lo que pudo hacer fue tomar su almohada y cubrirse el rostro para evitar que su madre viera las lágrimas de dolor que provocaron sus palabras.

A la mañana siguiente, Flint se quedó en su alcoba, decidió no ir a desayunar, temía que su madre le dijese algo similar a lo de anoche, mientras pensaba en lo que había sucedido, el extraño y viejo reloj comenzó a irradiar cierta luz azul frente

a sus ojos, Flint se paró frente a él con algo de miedo, y entonces, escuchó una voz venir desde aquel reloj de pared.

-Hola- le dijo el reloj.

-Ho...hola- respondió Flint mientras sus piernas temblaban  
¿Cómo es que puedes hablar? los relojes no hablan-

-Yo no soy un simple reloj, soy el Dios del tiempo-

- ¿El dios del tiempo? – preguntó Flint.

-Así es, soy el que dio inicio al inicio mismo y controlo todo lo que esté o haya existido-

- ¿Y por qué estás aquí? -

-Sentí que a un pequeño ser se le había acabado el tiempo mucho antes de cumplir su tiempo completo.

- ¿Te refieres a la muerte de mi hermano?

-Así es, vine a tomar el tiempo que él no pudo usar.

- ¡Entonces tú puedes traerlo de vuelta a la vida! ¡Darle nuevamente su tiempo! - exclamó Flint al reloj.

-No tan rápido pequeño niño, el tiempo siempre pide algo a cambio, y estos cambios pueden resultar muy pero que muy malos-

Flint comenzó a llorar, tenía ante él una oportunidad de traer a su hermano de vuelta, y aunque tenía miedo, no se alejó ni un solo centímetro del reloj.

- ¿Por... por qué puede ser malo? -

El reloj brilló con fuerza y respondió así a Flint:

-El tiempo siempre reclama algo del mismo valor-

- ¿Del mismo valor? -preguntó Flint.

¡Sí! Si la vida de tu hermano es lo que deseas, darme tu vida, es el precio que tendrás que pagar. ¿Aceptas las condiciones?

Al escuchar aquella pregunta, Flint salió corriendo de su alcoba, tenía miedo, sus piernas temblaban y su corazón, acelerado, le provocaba dolores en su pecho.

Entró a prisa al cuarto de la madre para contarle lo que había sucedido, pero, al abrir la puerta, vio a su madre llorando desconsolada de rodillas en el piso frente a la cama, Flint olvidó su miedo un instante y se acercó suavemente a darle un abrazo, al tocarla, la madre dio vuelta y empujó a Flint en un desesperado intento por alejarlo de ella.

- ¡Suéltame! ¡Tú no eres él! ¡Nunca podrás serlo! -

La mente de Flint se llenó de un y mil pensamientos, quería llorar, sus ojos se aguaron y su corazón, sin hacer ruido alguno, se partía en mil pedazos.

«¿Ser él? Yo no quiero ser él, nunca podré ser suficiente, no soy bueno para mamá» pensó Flint.

Al ocurrir esto, Flint salió corriendo hacía el pequeño cuarto donde solía dormir Carl, sacó un viejo cuaderno, un crayón de su hermano, y en una hoja escribió “Se feliz y cuida bien a mamá”. Flint arrancó la hoja y la colocó debajo de la almohada de Carl, fue de vuelta a su alcoba y se detuvo frente al reloj.

- ¿Por fin te decidiste? - preguntó el reloj a Flint.

- ¡Sí! Llévame contigo, pero trae de vuelta a Carl-

Entonces el reloj tomó una decisión, tomó el tiempo de vida de Flint y este desapareció con lágrimas en el rostro, en aquella vieja alcoba, y así, Carl volvió a la vida, a aquella vieja cabaña junto a su madre. Pasaron los años y Carl creció, y a medida que crecía, su inquietud acerca de lo que le había

pasado a su hermano iba en aumento, hasta que cierto día de rutina, mientras limpiaba el polvo de aquella vieja alcoba de su hermano, el reloj nuevamente comenzó a brillar.

- ¿Quién eres? -preguntó Carl.

-Soy el Dios del tiempo- respondió el reloj.

- ¿El dios del tiempo? ¿Qué hace un Dios en una cabaña tan vieja como esta? -

-Sentí a la curiosidad viniendo de un pequeño niño, curiosidad acerca de cómo volvió a la vida, ¿lo recuerdas? ¿no? Tú moriste hace cuatro años-

- ¿Yo morí? había soñado algo respecto a eso... ¡El lago! ¿Entonces fue verdad? -

- ¡Así es! aquello pasó en verdad, y tu hermano Flint fue quien dio su tiempo de vida a cambio de que tú vivieras-

- ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué dio su vida por mí? -

-Mamá- respondió el reloj.

- ¿Mamá? - preguntó Carl.

-Tu madre hizo sentir responsable a Flint por tu muerte, y entonces decidió darme su vida a cambio de la tuya-

Al oír esto el corazón de Carl se hundió en una profunda tristeza e intentó hacer algo para remediarlo.

- ¡Seguro Flint hizo un trato contigo para que así yo pudiese volver a la vida! -exclamó Carl.

-Tu hermano me dio su tiempo de vida a cambio de devolverte el tuyo-

-Pues entonces yo te doy mi tiempo de vida de vuelta y trae de regreso a mi hermano, yo morí por mi culpa, él debía seguir viviendo, él debía tener una vida, crecer, casarse y tener unos cuantos hijos-

-Lo lamento muchacho-respondió el reloj. -El niño hizo un contrato, me dio sus años a cambio de los tuyos, no puedo romper lo que ya está escrito-

- ¡Entonces danos un día más! ¡Solo un día más!!

- ¿Solo un día más? -preguntó el reloj mientras su brillo iba en aumento. ¿A qué te refieres? -

-Toma todo mi tiempo de vida, pero déjanos un día de vida a mí y a mi hermano, déjanos jugar una vez más, déjanos al menos despedirnos, déjame ver sus ojos una última vez-

- ¡Eso se oye muy bien! ¡qué extraños son los humanos! ¡Me gusta! -

- ¡Te daré a tu hermano durante todo un día a cambio de todo lo que te quede de vida! -

Y así, Flint y Carl se volvieron a encontrar una vez más en aquella gran roca en el lago.

- ¿Qué hago aquí? ¿Tú también hablaste con el reloj? -preguntó Flint a Carl.

- ¡Sí! Y le di mi vida de vuelta-

- ¿Tu vida de vuelta? ¿Es por eso que estoy aquí contigo? -

-Así es, le di mi vida al reloj, a cambio de estar un último día juntos-

-Pero Carl... ¿No te dará pena dejar sola a mamá? -

- ¡Hermano! ¡No digas nada! ¿Jugamos una última vez? -preguntó Carl.

- Está bien- respondió Flint con lágrimas en sus ojos.

Y los niños jugaron y rieron durante todo un día en aquella roca sobre el lago, ambos sabían que sería su último día y su último momento de juego, y al quedarles unos cuantos minutos Flint le preguntó a Carl:

- ¿Te dolió morir en estas aguas? -
- No, de hecho, fue muy relajante, como si el agua de este lago fuese una vieja amiga- respondió Carl.
- Me calma oír eso, ¿y qué nos pasará ahora? -
- Supongo que desapareceremos- contestó Flint.
- ¿Sabes? quiero darme un último baño-
- ¿Un último baño? - preguntó Flint.
- ¡Sí! ¡Vámonos juntos! ¡Al lago! -

Al oír el deseo de su hermano, Flint se puso de pie y Carl hizo lo mismo, ambos estaban parados sobre el borde de la roca, tomados de las manos y con la mirada fija en la serena agua del lago.

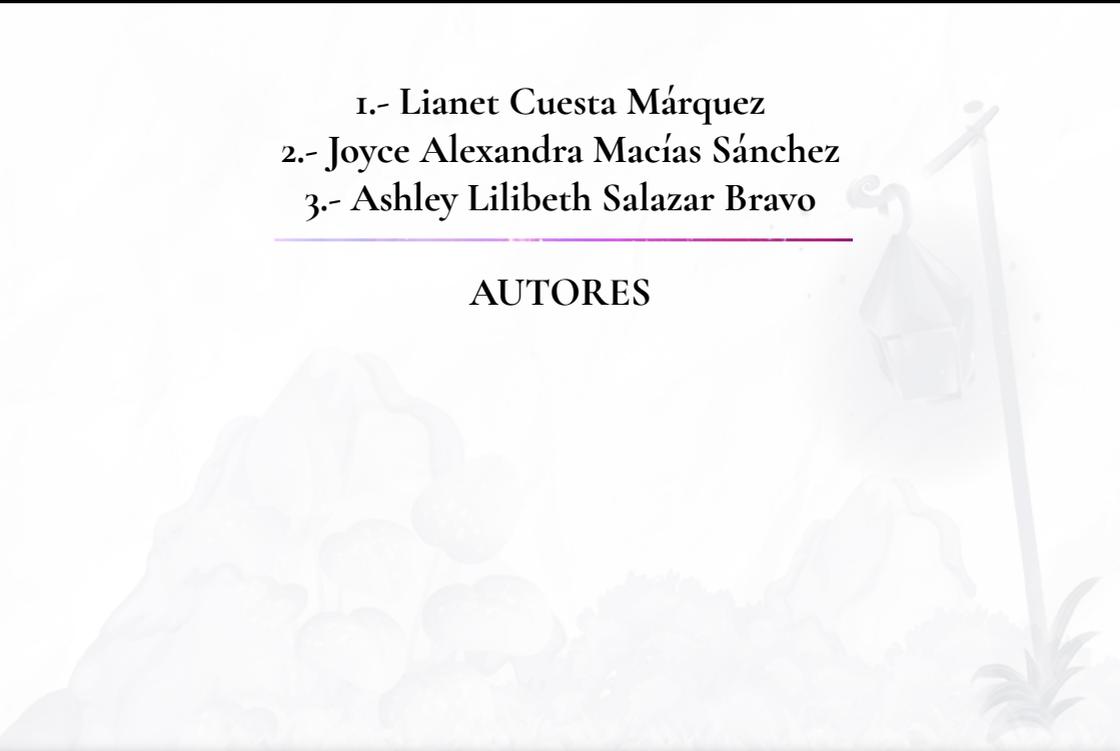
- ¡Saltemos a la cuenta de tres! – exclamaron ambos.
- ¡Uno! - Gritó Flint.
- ¡Dos! – Gritó Carl.
- ¡Tres! -

*Tercer lugar:*

- 1.- La cura de oro
- 2.- Las aguas mágicas del llanto
- 3.- Sé feliz

- 1.- Lianet Cuesta Márquez
  - 2.- Joyce Alexandra Macías Sánchez
  - 3.- Ashley Lilibeth Salazar Bravo
- 

AUTORES



# La cura de oro

---

Para Frey, la devastadora noticia llegó un duro día de invierno, junto a su cojín favorito en la sala de estar. Nada lo había preparado para semejante ultimátum, ni siquiera las discusiones en plena madrugada o la repentina escasez de muebles. Ya había pasado una buena temporada desde que comenzó a vivir con la familia López, incluso se había acostumbrado a su rutina y a la forma de ser de cada integrante. Sabía que, el extraño esperando a un lado de la puerta, venía para llevárselo. Reconoció cada una de sus contadas pertenencias en la caja de cartón. Esa caja, que apenas la semana anterior había llegado, contenía un paquete de mascarillas quirúrgicas que la hija mayor Dafne, pidió en un sitio web de dudosa reputación, pero a muy bajo costo.

Todos participaban del silencio sepulcral que se instauró solemnemente con la llegada de aquel señor desconocido. Aunque le pareció escuchar el sollozo del hijo menor cuando este se acercó para levantar aquel paquete terrible de mal presagio. Ese fue su único consuelo; al menos el pequeño Walter lo echaría de menos

luego de su partida. Si alguna vez se sintió feliz en los últimos meses fue gracias a él. Esa sonrisa de dientes de leche, y uno que otro espacio vacío en su boca de infante, la recordaría siempre en sus noches más frías. Incluso, fue él quien se molestó en asignarle su nombre, cuando volvió emocionado de la escuela, al sentirse tan orgulloso de haber aprendido sobre mitología nórdica y ya no solo ser capaz de hablar sobre la griega. Que era el nombre de uno de los principales dioses, le había dicho y que debía sentirse extasiado de ser llamado así. Sabe que luchó lo más que pudo por prolongar su estancia, pero no tenía mayor influencia sobre los verdaderos dueños del hogar.

El sonido de uno de sus juguetes al caer de la caja lo sacó de sus cavilaciones y lo trajo de vuelta al presente. Los padres del niño lo miraron con desdén, aunque le pareció vislumbrar una sombra de arrepentimiento oscureciendo brevemente los ojos de la señora. El joven que sostenía la caja se agachó para recoger el juguete, pero, en lugar de ponerlo en su lugar, lo agitó varias veces para llamar su atención. Decidió que no tenía sentido seguir allí cuando su destino ya estaba más que claro. Con la mansedad que lo caracterizaba comenzó a acercarse despacio, sin que nadie le hablara, hasta el otro lado del enorme umbral de caoba.

Se escuchó el fuerte estruendo de la puerta al cerrarse y también el llanto desconsolado de Waltercito al entender que se había ido. Por un momento, casi se da la vuelta, dispuesto a arañar la pintura desgastada o a destruir el jardín con tal de que lo dejaran entrar por última vez. No valía la pena, decidió. Ya había sufrido varios golpes e insultos, por lo que sabía que no lo querían de vuelta, pues el pequeño era el único que ya lo extrañaba en su interior. La buena comida sí iba a ser algo que echaría en falta muy pronto y aún más su

rincón junto a la chimenea donde dormitaba plácidamente. Volvió a mirar al joven que lo guiaba, atento a sus próximas indicaciones.

Una vez que ubicó su caja en el maletero, lo levantó, sosteniéndolo de sus costados, para sentarlo justo en el asiento del medio de su camioneta plateada. Miró una última vez a la casa que lo había acogido desde que tenía un par de meses de vida y observó el camino de piedra que dejaban atrás cuando el motor volvió a rugir. Vislumbró al gato del vecino, con quien entabló conversaciones unilaterales en múltiples ocasiones, cuando las peleas domésticas pasaban a decibeles dañinos para sus sensibles oídos.

Sabía que la economía familiar iba en declive debido a la pandemia. La familia lo discutía varias veces al día. Incluso Waltercito dejó de ir a la escuela y pasaba siempre sentado frente a una pantalla luminosa. Vendieron muebles en varias ocasiones para cubrir los gastos, pero nada parecía ser suficiente desde que el señor López perdió su trabajo. Observó el jardín de rosas rojas que tanto se esforzaba en cuidar la señora, que ya se había marchitado por los crueles vientos y las bajas temperaturas. Con un último suspiro, vio también sus huellas, delatando la última vez que ayudó a deshacerse de los roedores sin veneno ni trampas. Por estos últimos vistazos, se perdió la manito simulando un adiós desde la ventana, antes de que otra más grande la apartara y cerrara bruscamente las cortinas.

Se acomodó mejor en el asiento y el suave ronroneo del vehículo lo meció como una canción de cuna hasta quedarse dormido. Le pareció escuchar el inicio de 'Imagine', el éxito de John Lennon. Al menos, el joven tenía buen gusto. Fue lo último que pensó antes de ser atraído a un sueño profundo, en donde seguía siendo primavera y aún jugaba despreocupado en el patio de sus dueños.

El mundo que lo recibió al despertar resultó ser más cruel de lo que esperaba. La pandemia había desolado las calles hacía tiempo, eso lo sabía por sus paseos matutinos con Dafne. Pero parecía que habían pasado décadas desde que iba más allá de las afueras de la ciudad y se adentraba en el antiguo bullicio del centro. Le sorprendió la escasez, la falta de alegría y el ambiente sombrío, muy en sincronía con su propio estado de ánimo. Vio que su caja estaba a su lado, justo encima de su pata derecha. Era un recordatorio constante de lo que había pasado hace un par de horas. La gravedad de su situación le llegó por fin y comenzó a preocuparse cuando las luces de los faroles se encendieron anunciando la llegada de la noche. Volvió a mirar el interior de la caja, pero solo quedaba una leve mancha de humedad con olor fuerte. Ninguno de sus juguetes estaba ahí, ni su manta, ni su plato de comida que estuvo seguro habían empacado, ni siquiera su collar azul con su nombre grabado y la figura de una huella canina. Probablemente fueron vendidos o tal vez, ahora reposaban en algún contenedor de basura. Da tanta pena que ni siquiera hayan pensado en su futuro, tanta despreocupación en las calles se traduce en mera crueldad.

Decidió levantarse y estirar las patas un rato antes de encontrar un lugar donde quedarse. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que se encontraba al costado de una agencia de viajes con un gran letrero en colores neón en el centro de la fachada. Por supuesto que estaría cerrado, no sólo por la hora, sino por lo paradójico que resultaba viajar en esos momentos. Miró al frente nuevamente, a la calle desierta, dándose cuenta del repentino tirón de sus tripas y de la sequedad en su lengua. No había pasado mucho tiempo, pero ya enfrentaba problemas en su nueva realidad.

Frey comenzó a andar por la acera de lo que antes era una concurrida avenida. Vio múltiples negocios de bisutería,

cosméticos, relojes de alta gama y restaurantes. Su esperanza de encontrar un lugar abierto se fue desvaneciendo al llegar a la esquina. Nada lo hizo reconocer el área, probablemente no pensaron mucho sobre el mejor lugar donde dejarlo. No estaba seguro de avanzar mucho más para no perderse; su caja era todo lo que le quedaba. Si era honesto consigo mismo, también albergaba la esperanza de que sus dueños se arrepintieran y volvieran por él. Serían capaces de reconocerlo mejor si aún conservaba su caja. Tal vez aquel joven fuera a verlo o Waltercito podría escaparse para buscarlo. Pero esas posibilidades no eran realistas y lo sabía.

Volviendo sobre sus propios pasos sintió su pelaje erizarse al ver una sombra en el lugar donde lo dejaron, olisqueando su solitaria caja. Un perro de avanzada edad se dio la vuelta al sentirlo y dejó entrever varias cicatrices en su hocico. Se notaba que era callejero. Su pelaje era descuidado, de color oscuro, aunque no sabría decir si se trataba del negro más básico o de un castaño difícil de distinguir. Su afilado sentido del olfato detectó la suciedad más concentrada que experimentó en su corta vida y sin querer hizo una mueca de desagrado.

-¿Crees que seguirás oliendo tan bien por mucho tiempo?-preguntó el perro mayor mirándolo fijamente.

-No creas que la vida aquí es fácil, agradece que sigas vivo en un par de meses y con comida en tu estómago antes de quejarte por el olor en tu pelaje – sentenció con un brusco resoplido.

-Me disculpo por eso señor mmm...no fue mi intención reaccionar de esa manera.

-No parezcas tan inseguro, no necesitas llamarme por el patético nombre 'Toby' que me dieron los humanos. Sólo me acerqué a revisar cuando detecté un nuevo olor por aquí.

Dicho eso, Frey observó a este nuevo amigo que dio algunas vueltas para cerciorarse que ningún otro extraño hubiera pasado por su territorio. Cuando pareció sacar sus propias conclusiones, le hizo un gesto con su cola con una rápida mirada por encima del hombro para que lo siguiera. No estaba seguro de qué hacer, pero supuso que el otro perro tendría más experiencia para sobrevivir y que le convendría aprender de él. Mientras lo llevaba en sentido contrario al que se había dirigido anteriormente, supo que él también había sido abandonado hace dos semanas en un lugar cercano a donde lo encontró. Le advirtió acerca de las calles peligrosas, pues no es fácil para los perros de casa distinguir el momento oportuno para cruzar. Le pareció oler tristeza luego de que le diera esa información. Es probable que alguien hubiera abandonado ya este mundo en un accidente, si lo tenía tan presente el perro mayor.

Caminaron un buen rato hasta que los sonidos estomacales de ambos interrumpieron la breve charla de bienvenida. Por fin, llegaron a una esquina cubierta de toda clase de desechos. Los esperaban dos mascotas más: una gata preñada que se parecía un poco en sus colores al gato de su vecino y otro perro que destacaba como la luna llena en la noche en aquel maloliente lugar. Se veía muy bien arreglado, como todo un canino de raza pura, sumamente mimado por sus dueños. Probablemente él también daría esa impresión, aunque sabía que a este paso no le duraría mucho.

Después de olerse mutuamente y aprender la esencia de cada cual, se dio cuenta de que el joven macho bien arreglado, les había traído un poco de pan a los demás. Rápidamente le explicaron que él seguía teniendo familia y que pasaba a ayudarlos cuando podía por mera solidaridad. Entendió que, a partir de ese momento, podría hacer lo que quisiera con su nueva libertad recién adquirida siempre que colaborara con

la alimentación de todos cuando tuviera la oportunidad. Todos saben que se sobrevive mejor en conjunto, que estando solo y desamparado. Como ya era de noche, engulleron el pan rápidamente y bebieron de un charco cercano bastante turbio. No se le ocurrió quejarse, así que siguió la corriente. Se despidieron del canino bien arreglado llamado Tom y volvieron al refugio donde se acurrucó con los demás para conservar el calor. Finalmente, se dispuso a enterrar sus penas hasta el día siguiente.

La gratitud que sintió por sus nuevos camaradas, desapareció en pocas horas. Su repentino despertar estuvo acompañado de un balde de agua fría que lo hizo saltar y apretar los dientes. Sintió más de cien alfileres encajarse en su sensible piel. Lo que más necesitaba ahora era el calor del sol, que no solía aparecer en invierno, para secarse adecuadamente. Todos se habían ido, quedándose con el sabor amargo de ese despertar y la mirada acusadora de la mujer que lo salpicó de esa forma. Aun así, no le guardó rencor, quizás no lo vio cuando pasaba. Se retorció un poco para deshacerse de la mayor parte del líquido helado.

Investigó un poco más su entorno, descubriendo sólo un par de farmacias abiertas y un negocio de cerrajería sumamente vacío. Probó suerte ladrando y arañando las puertas cercanas, en busca de ayuda, pan o agua para calmar sus necesidades. Sabía que había gente adentro, escuchaba sus conversaciones, olía su comida, casi salivaba por el hambre; pero nadie le abrió la puerta. Al mediodía decidió volver a su antigua caja, sólo para encontrarla aplastada y sucia. No podía detectar el olor de su casa ni el del joven que la cargó por última vez. Al darse cuenta del cariño que necesitaba y nunca recuperaría, dio media vuelta cabizbajo, pensando en lo que sería su vida en los próximos años, si es que sobrevivía. Ya imaginaba sus costillas sobresaliendo de su cuerpo, su pelaje,

del que estaba tan orgulloso, todo enmarañado y sus piernas cansadas rodeadas de moscas. El pitido de un carro fue el único aviso que recibió antes de ser golpeado fuertemente. Un dolor sordo como nunca experimentó se registró en una de sus patas delanteras y un gemido lastimero salió de su hocico. En el medio de esa bruma de dolor, recordó las palabras del viejo canino y se lamentó por no seguir su consejo. Escuchó al hombre que conducía maldecir suavemente y acelerar de nuevo en esa máquina de metal rodeándolo para escapar de la escena. Ni siquiera se bajó para ver cómo estaba. Para evitar más daño, logró refugiarse en la acera antes de que un evento similar volviera a ocurrir.

Nuevamente en la noche, su viejo amigo y la gata lo encontraron jadeando al lado de la agencia de viajes. No sabían qué hacer. Ese tipo de herida en la calle es peligroso y si su pata no lograra recuperarse, sus posibilidades de supervivencia eran casi nulas. La dama felina le lamió un poco el costado para animarlo a no rendirse, pero la situación no se veía nada bien y la expresión solemne del canino anciano lo dijo todo sin necesidad de vocalizarlo.

Los días pasaban como el mayor de los pesares para Frey. Veía personas pasar, compraban medicamentos o comida y hablaban desde lejos con sus mascarillas para evitar tocarse. De vez en cuando, lograba escuchar las noticias desde el televisor de un señor solitario que habitaba una casa de cemento. Las paredes descoloridas, las verjas de hierro que protegían la ventana que daba a la calle y el polvo que abundaba allí, comenzaron a serle familiares a nuestro protagonista. Todo parecía empeorar, no había esperanza para los humanos sin una vacuna, mucho menos para las mascotas como él, demasiado débiles para ese ambiente. Extrañaba su casa, los juegos, a Walter, su lugar caliente junto a la chimenea, los baños ocasionales e incluso las molestas visitas al veterinario. Pero

en las noticias nunca hablaban de los animales abandonados. Lo que si llegó a escuchar fueron a algunos humanos decir que perros y gatos podrían llevar el virus a las casas y contagiar a sus dueños. ¿Por eso lo dejaron? Sería capaz de no salir nunca más si lo llevaran de vuelta, no comería mucho, no sería ninguna molestia, ni sería un gasto, haría lo posible por pasar desapercibido.

Al octavo día de su accidente, el perro mayor se acercó a llevarle de comer y se sentó a su lado a hacerle compañía. Le dijo que no debía lamentarse más por su vida pasada, que a sus dueños no les importaba en lo absoluto si fueron capaces de dejarlo en pleno invierno. Sabía que tenía razón, pero Frey no podía evitar erguir las orejas y mover la cola cada vez que escuchaba la risa de un niño. Un par de veces logró cojear unos metros buscando el fantasma de un pequeño con humor ligero y manos amables, pero enseguida su amigo lo llevaba de vuelta, diciéndole que no había nadie, que no lo iban a buscar.

Poco a poco, abandonó los deseos de socializar con sus amigos. La enfermedad y la hambruna lo fueron consumiendo en un pobre saco de huesos con olor a orina. Cuando ya no pensaba despertar, apareció aquel perro de casa que le regaló pan el primer día que llegó a la calle. Lo olió brevemente y vio la compasión en sus bonitos ojos azules. Cuando volvió a despertar, una joven lo acariciaba lentamente, mientras Tom meneaba la cola a su lado. Le susurraba palabras dulces a Frey y lo animaba a responderle. Le dio de comer e incluso agua fresca de tomar. Era la primera muestra de amabilidad y compasión que recibía en mucho tiempo. Se sintió liviano cuando lo levantó con facilidad hacia un carro rojo que olía a limpio. Se acomodó en una manta gruesa y descansó tranquilo durante el viaje, esperando a que el motor se apagara.

La jaula que le asignaron luego de ser atendido por el ve-

terinario se sentía acogedora a pesar de que no podía moverse demasiado. Su pata había sido vendada y líquidos extraños corrían por su vena mientras recuperaba las fuerzas. De vez en cuando, las enfermeras se encargaban de cambiarle el agua y de revisar su salud. Se sintió muy bien atendido y pensó en la suerte que tuvo al ser encontrado antes de consumirse por completo en aquel callejón oscuro. Su cuerpo se recuperaba, pero su corazón seguía tan destrozado como el día que fue guiado fuera de casa. Se preguntaba en las noches frías, envuelto en mantas con olor a medicina si existiría una cura para eso y si fuera posible arreglar ese dolor.

En su estancia en la veterinaria conoció a muchas mascotas abandonadas en condiciones similares a las suyas. Muchos perdieron la fe en la bondad humana, otros en cambio, no dudaban de su amor y esperaban pacientemente que fueran recogidos de vuelta. Incluso, algunos decían que la pandemia de seguro enfermaba la mente de la gente, no solo sus pulmones, porque no era posible que alguien tan bueno se deshiciera de una responsabilidad tan grande como ellos lo son. Frey estaba muy de acuerdo con eso, porque le prometieron una vida feliz cuando fue arrebatado de su madre siendo un cachorro. Recordó lo mucho que lo mimaban en esos días. Se dio cuenta que el odio que sentía no era tan grande, a pesar del dolor en su alma. Quizás sólo era demasiado inocente. Albergaba la esperanza de volver en algún momento para lograr ser feliz de nuevo.

Una vez se hubo recuperado completamente de su accidente, ganando el peso que había perdido y recuperando su apariencia alegre; llegó el momento de ser liberado. La amable joven que lo llevó a curarse, también lo recogió. No lo llevó a su casa, sino al mismo lugar donde semanas antes casi se consumía en medio de tanta suciedad. Le rogó con los ojos que no lo abandonara, no de nuevo e incluso le lamó la pal-

ma de la mano, pero la chica se disculpaba una y otra vez por no tener los medios para llevárselo. Con gran tristeza, la vio partir nuevamente, moviendo la cola, sentado en la acera con los restos casi deshechos de su vieja caja de cartón.

En su paso por la vida de perro callejero, perdió muchos amigos y presenció la crueldad humana. Notó un nuevo sentimiento aún peor que la soledad: la envidia. Envidia por aquellos peludos que tuvieron suerte y no fueron abandonados por la pandemia. Frey aprendió que las cicatrices de su amigo fueron producto de los golpes recibidos luego de casi entrar a una casa a pedir comida. No se desprendió de su rencor hasta el último de sus días. En cambio, Frey aún era joven y aprendió a sobrevivir en medio de una pandemia que mataba humanos y enfriaba sus corazones, pero también condenaba a las mascotas abandonadas como él. Su amiga felina dio a luz sin problemas, pero la lucha por alimentar y proteger a su prole seguiría latente hasta que fueran capaces de seguir su camino por sí solos. Simplemente son otro daño colateral de la pandemia que nadie parece conocer.

Una noche de verano, donde las personas comenzaban a salir cada vez más seguido y a hablar de cerca, se encontraba en su callejón recostado, sudando la fiebre de una nueva infección. Esta vez, todo fue muy rápido y no recibió ayuda como en la ocasión anterior. Mientras aún respiraba entre fuertes temblores, sintió la leve caricia de un niño parecido a Walter. No pudo abrir los ojos, pero sintió ese calor que necesitaba desde hacía tanto tiempo. Se puede decir que Frey renació de nuevo ese día.

Despertó en una casa acogedora con nuevos juguetes y un collar de verde esmeralda. Su nombre había cambiado, pero no dudó en responder cuando lo llamaban así. Se recostó en la cama de su nuevo dueño y sonrió aliviado, inhalando el

dulce olor de su jabón de fresas. Por fin, se sentía protegido de una pandemia de indiferencia más letal que la enfermedad misma.

La cura para un perrito abandonado en las frías calles de la ciudad, de esos en los que nadie piensa ya, se encuentra en el corazón de los humanos bondadosos. Es el oro más buscado y el que más escasea en tiempos difíciles. Para mantenerse unidos en la adversidad, los hombres se valen del amor; esa misma misericordia la merecen otros seres también. A esa conclusión llegó Frey mientras dormía feliz en su nuevo hogar, agradecido de encontrar lo que muchos mueren buscando en las frías calles de la ciudad.

# Las aguas mágicas del llanto

---

Se encontró agotada, exhausta, ajena a su propio tacto, cuando entre la sorpresa y la curiosidad alcanzó a reconocer una figura a lo lejos. Alicia avanzó con cautela, sigilosa, casi imitando los pasos de un felino tras su presa. Era una mujer. Lucía como de su edad, o al menos eso pensó. Su piel desnuda se iluminó al sol para luego desvanecerse en medio de las aguas frías del lago oculto detrás de las pequeñas colinas que rodeaban el valle. Un paso torpe la puso en evidencia. La muchacha, esbelta y de labios púrpuras, le sonrió como se sonríe a las visitas que son bienvenidas tras una larga noche de soledad y ansiosa espera.

Alicia continuó el camino hasta la orilla del agua, tan solo a la espera de alguna señal de confirmación o permiso otorgado a la vista, para poder así convertirse en su nueva compañía.

—Acércate sin miedo, pequeña —inquirió con la voz más dulce que jamás había escuchado. No tuvo tiempo ni deseo de preguntarse por qué aquella doncella de rizos negros sabía su nom-

bre, ni tampoco se molestó cuando la halló tomándole de la mano, menos cuando entre miradas furtivas la encontró la mujer más hermosa del mundo.

—Soy Alicia —titubeó, olvidando que aquella información era cuando menos innecesaria.

—Lo sé —sonrió, —Alicia. Yo soy Camelia, tu nueva guía.

—¿Guía?, ¿para qué? —apresuró exaltada. La timidez asomaba por sus mejillas cuando se detuvo a observarla. Su ser no parecía real. Una inmensa fuerza le retuvo de alcanzar su mano hacia el cuerpo ajeno para comprobar así su existencia más allá del contacto que tenía con sus manos. Camelia limitó su gesto a una sonrisa que le supo a una pena que no supo traducir. Luego su mirada cayó sobre el agua antes de regresar a los suyos.

—A veces es difícil dar con la respuesta correcta cuando se confunde la verdad, pero no te preocupes, te ayudaré. Dime, ¿te gusta la poesía, Alicia? Déjame recitarte uno de mis versos favoritos, es de una poeta que me recuerda a ti, su nombre es Camila, pero ella no existe, aún-dijo mientras se alejaba entre las aguas. Sus dedos dibujaban un camino al paso, y de este, casi parecía que brotaban burbujas que desaparecían con el beso de la luz del sol.

El tiempo no existía entre las dos. Paulatinamente se acostumbó al canto de las aves, hasta que casi dejó de oírlas. Camelia continuó danzando al ritmo del viento hasta que acabó el verso. De repente, un recuerdo asomó por los ojos de Alicia. Un recuerdo transformado en un líquido que resbalaba en color sangre por sus mejillas. Un gran halo de luz se iluminó alrededor de Camelia. Esta, al notar la respuesta de Alicia, rápidamente corrió hasta su lado, logrando así sujetarla por encima del agua.

—Tranquila —suplicó intentando mantener la atención en ella, sin embargo, Alicia no respondía, parecía en trance, estaba completamente fuera de sí. Camelia notó la calidez de su cuerpo abandonarla con prisa.

La joven había emprendido un viaje por su último recuerdo. Una cascada de olores y sonidos inundó su mente. Una voz familiar la despertó de la inconsciencia. Aún con la vista borrosa podía reconocer a su acompañante. Su padre yacía sobre su frágil e indefenso cuerpo, y junto a este, una serie de papeles y lo que supo reconocer como pastillas. Adormilada, intentó inútilmente moverse. El ahora extraño sonrió.

—Tranquila, todo estará bien—susurró su padre convertido en monstruo. No obstante, esta persona no tenía ojos, era una figura cuyo rostro se había borrado por completo, a excepción de su desagradable boca que asemejaba a un gran hocico animal. Alicia apenas tenía energía para parpadear.

Nuevamente intentó escapar, pero sus piernas y manos estaban atadas a la cama, obligándola a rendirse. Otra vez esa sensación de embriaguez. La oscuridad se aproxima y cae inconsciente otra vez. El presente se acerca y borra todo rastro de ingenuidad.

—¡Alicia, Alicia!, ¿me escuchas? —grita agitada Camelia. Alicia reacciona y se reincorpora de la orilla. Los olores persisten y yace entre ambos mundos sin comprender la razón. —¡Quiero salir! ¡Quiero morir! ¡Llévame ahora, por favor! —su voz se quiebra al igual que sus rodillas. Caee rendida nuevamente sobre la arena húmeda y ya no le importan las migas entre sus heridas.

Camelia la toma entre sus brazos, y entrando nuevamente a las aguas, se hunden juntas. La presión del agua diluye los recuerdos. La calidez de sus cuerpos comienza a convertirse en calma, sus latidos se apaciguan y la tormenta acaba. Burbujas nuevamente se asoman en la superficie. El cantar de las aves se apaga por unos instantes.

Alicia, la real, de 16 años, yace tendida, inerte sobre su cama, junto a una nota de suicidio cuya letra no le pertenece. La familia en la sala llora cuando los forenses deciden llevarse el cuerpo para investigación. El padre, vestido de su mejor actuación imita una lamentable y desgarradora escena. Todo horizonte parece precipicio, todo cuerpo reclama su ausencia. La madre cae desmayada. La escena termina. El caos por excelencia se desata en la tierra. La muerte visita y poco se espera.

En otro universo, Alicia existe aún sobre las aguas, eterna y sin rastro de maldad. No había abierto los ojos hasta ese momento por miedo a despertar. El aroma que ahora la acompaña es dulce y agradable. Siente la arena entre sus pies, el agua entre sus dedos. Respira e inspira y siente. Y vive.

—Ya es seguro—susurra Camelia y la arrastra hacia la orilla. Su pulso regresa a la normalidad y también su sonrisa. Alicia no recuerda el final ni recuerda el dolor más allá de la despedida.

—Ellos no pueden venir aquí, porque el aquí no existe allá afuera. Estás a salvo conmigo, Alicia. Vamos, quiero presentarte a otras niñas como nosotras, luego tú también podrás salvar a las que vendrán. Pero oye, no desanimes, todas al final encontramos la paz y sé que tú también lo harás-

# Sé feliz

---

Morena era una dulce niña de siete años, quien vivía con su madre y su padre, en el centro de la ciudad. Al ser hija única, ellos hicieron lo posible por fomentar un hogar lleno de amor y libre de problemas, y así fue. A la edad de 13 años, su vida sufrió un cambio drástico: su ciudad se convirtió en la cuna del virus Covid-19, y por ello, toda la población enfermó. Ahora, su nueva casa era un hospital. Ella se encontraba en la sección de menores, su salud era estable, mientras que sus padres reportaron complicaciones.

Dos semanas después, los doctores le confirmaron que sus padres habían fallecido, no sin antes dejarle el siguiente mensaje: “Sé feliz”. Morena se había quedado absolutamente sola, y, en consecuencia, cayó en depresión, tanto así que aquella linda niña se transformó en una adolescente sin corazón, pues no iba a permitir que le vuelva a pasar lo mismo.

Era Navidad, y ella estaba sola en una cama de hospital. A su lado, una chica de su misma edad, Cristina, recibió una visita familiar. El tiempo de las visitas terminó y al ver a su compañera de cuarto sola decidió conversar, pero el

resultado no fue el esperado, ya que la joven mostró una actitud hostil. Cristina no se rindió y le habló en todo momento o buscó un tema de conversación cualquiera.

Morena, al ver tanta insistencia por parte de Cristina, decidió responder sus preguntas. Y fue así, que para San Valentín su relación mejoró hasta el punto que llegaron a convertirse en las mejores amigas. Sin darse cuenta, la salud de ambas también mejoraba. Llegó el día en que Cristina tenía que abandonar el hospital, pues los doctores le dieron de alta. Todo era felicidad, pero Morena en cambio tenía que ser transferida a una casa hogar, al ser huérfana, sin familiares a su cargo. Esta situación le preocupaba, ya que tenía que separarse de su mejor amiga.

Todos estos pensamientos inundaban la cabeza de Morena. Una mañana, la madre de Cristina llegó a recogerla, y al intentar despedirse, su amiga le dijo que entre ellas no habría un adiós pues su madre había empezado el proceso de adopción de Morena. Esta noticia la tomó por sorpresa, y con lágrimas en los ojos, le prometió ser paciente y esperar finalmente salir del hospital.

Tres años transcurrieron y el papeleo terminó. El punto de encuentro sería el Parque Central. Morena fue acompañada por los médicos, mientras que Cristina, junto a su madre, la esperaba. La tarde estaba por terminar y las amigas caminaron de regreso a casa. Cenaron una deliciosa ensalada de lechuga con quinua, cuando de repente, Cristina se desplomó.

Al llegar al hospital, se confirmó la muerte de Cristina. Esta situación dejó atónita a Morena. Ella estaba en shock. Nuevamente sintió el terror de perder a alguien por segunda vez. Antes del velorio, la madre de Cristina le entregó una carta:

*“Perdóname Morena, al parecer, te dejé sola. Seguramente, esta noticia te tomó por sorpresa, pero hay algo que nunca me atreví a decirte. Desde que nací, tenía problemas en el corazón; mi estado de salud que, de por sí ya era grave, empeoró con el coronavirus. Durante estos tres años he luchado contra mi propio corazón, para vivir junto a ti como hermanas, pero creo que no va a ser posible. Perdón de nuevo. Te amo y sé feliz”.*

¡Sé feliz! si, aquellas mismas palabras que tiempo atrás fueron el último mensaje de sus padres otra vez retumbaron en su pensamiento. Morena volvió a llorar, y entre tantas conversaciones que mantuvo con Cristina recordó una en especial:  
-Si llegáramos a separarnos, ¿cuál sería tu mensaje de despedida? -  
-Sé feliz -  
-¿No te parece muy corto? -  
-Para nada. Esas fueron las últimas palabras de mis padres, así que, las tengo presentes siempre en mi corazón -

En honor a sus padres, y en memoria de su hermana Cristina, Morena decidió vivir cada día para ser feliz, honrando las últimas palabras de aquellas personas que la amaron de verdad.

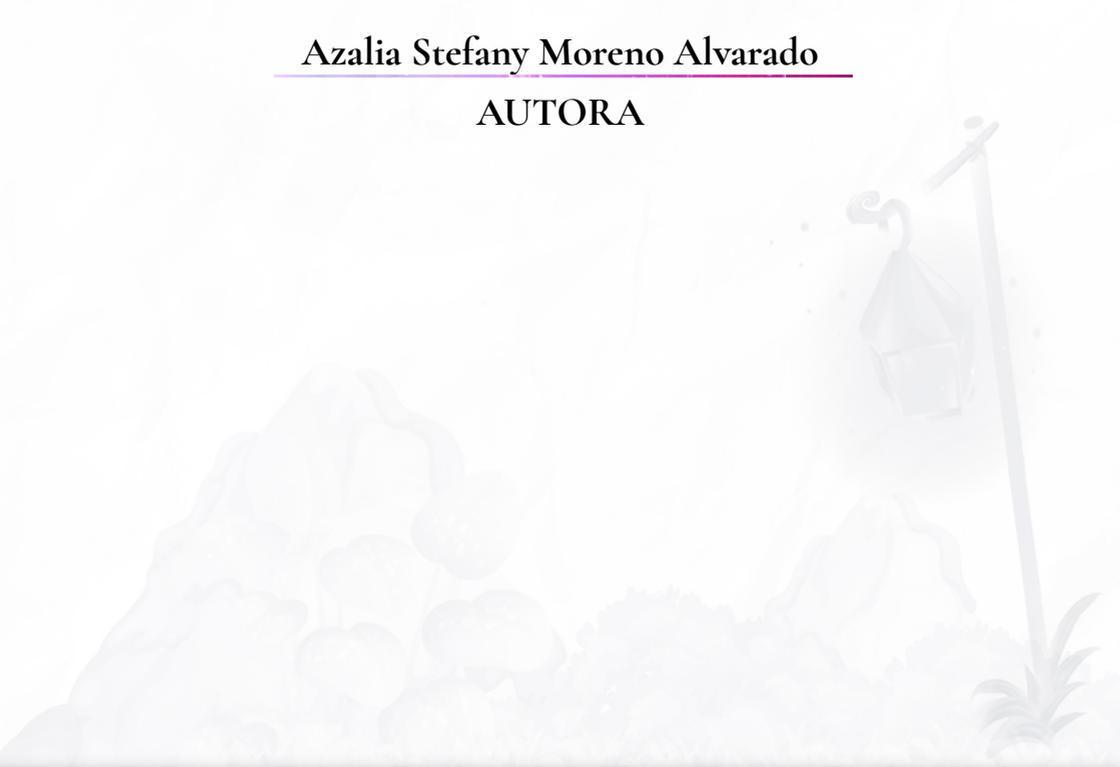
Ocho años pasaron y ahora en el mismo hospital donde estuvo internada, Morena desempeña su trabajo como pediatra. Muchos casos similares al suyo ocurren día a día, sin embargo, ella trata de ser un apoyo incondicional para aquellos niños que sufren, dedicando a cada paciente la frase que lleva grabada en su corazón: sé feliz.

*Cuarto lugar:*

## Entre luces

Azalia Stefany Moreno Alvarado

AUTORA



# Entre luces

---

Reír, llorar, ver a los niños jugar es una manera de vivir, estamos tan acostumbrados a la monotonía, a las rutinas desgastantes del trabajo, tan vana, tan cansada vida, pero que nos hacen sentir vivos, salir al cine a la plaza nunca fue tan relevante, hacer visitas innecesarias, reuniones con familiares, una realidad diferente que cambió la vida de todo un planeta, de toda una vida y sobre todo mi vida ...

¿Qué haces cuando despiertas una mañana sin la libertad de poder salir, de tener que estar en cuatro paredes de una habitación, silenciosa soledad, pequeña agonía de incertidumbre de miedo, ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Qué habría pasado para no querer salir de nuestros hogares, temer por la vida de nuestros seres amados?

*Noviembre 2019*

Les contaré mi historia, me llamo Sofía, tengo 39 años de edad, soy madre de tres niños y cabeza principal de un hogar conformado por mi madre, padre y hermano, soy Doctora y curso el segundo año de cirugía, como muchos de mis colegas laboro en un pequeño hospital de

un pueblo de escasos recursos donde muchas de las veces debo quedarme hasta altas horas de la noche para ayudar a las personas de esta localidad. Los ciudadanos son amables, carismáticos, personas respetuosas, humildes y cariñosas, en una de estas salas llenas de tristeza, alegrías y de esperanza de salir bien, hay un pequeño niño a quien quiero mucho, él tiene leucemia avanzada, responde al nombre de Mathías.

Una tarde atendiendo a Mathías en mi rutina de labor, jugando con el pequeño, nos percatamos de las noticias que circulaban en la televisión, una catastrófica noticia se anunciaba.

- ¿Qué podría ser tan alarmante? - me preguntó. Pandemia, un virus amenazaba con la tranquilidad de los habitantes del mundo entero...

Era diciembre de 2019 la algarabía de las festividades de la temporada abundaba en el pueblo.

En medio de tantas risas, diálogos, en mi rol de médico cada vez escuchaba más y más sobre el tema de una pandemia, poco a poco los pobladores acudían al hospital para que les brindara información, la confianza que tengo con mis pacientes era tan profunda que no dudaba en advertirles y que tomen conciencia, proclamando la calma y que tal vez sería pasajera dicha infección que amenazaba con la tranquilidad de los pobladores.

Al pasar el tiempo pasaron las fechas de temporada y cada vez más se anunciaba el poder letal que tomaba el virus.

Una noche Mathías corrió hacia el pequeño hospital del poblado, asustado y agitado me buscó y mencionó con lágrimas en sus ojos: “mi mamá, ella no me habla, solo se queja y la escucho respirar muy fuerte”.

-Tranquilo-le dije tomando de sus manitas-vamos a ver qué sucede a lo mejor está dormida y tiene una pesadilla-

Sin tener conocimiento alguno sobre lo que estaba anunciando el pequeño fuimos a su casa, nunca imaginé que aquella noche mi pesadilla comenzaría en tan solo minutos.

Con precisión y angustia acudí a casa de Mathías, al llegar ella estaba allí, la vi recostada en su cama sin respirar, sin luz, sin vida, aquella noche la vida me daría la prueba más difícil y no solo a mí, sino también a la vida del pequeño Mathías, cuando lo escuché decir: - ¿Por qué mamá no se mueve, ya no la escucho respirar? -

-¿Cómo le dices a un niño que ha perdido a su madre?-

A un niño que lucha con su enfermedad para realizar sus sueños, sus metas, aspiraciones y alegría, ahora él dependía tan solo de mí, en ese momento llegué a saber que sería madre nuevamente, pero esta vez del pequeño Mathías ya que él no contaba con nadie más en el mundo que su madre.

Llena de angustia, dolor, pena e incertidumbre, llegué a casa a decirles que había un nuevo integrante, ¿cómo lo tomarían? ¿qué haríamos? aclaré mi mente, abrí la puerta de mi hogar y presenté a Mathías, ¡tenemos un nuevo integrante en la familia! mi hogar era pequeño pero lleno de amor, valores y respeto, hicieron sentir al pequeño como en casa, pasaron los días, luego meses de la repentina muerte de la mamá de Mathías, pensé que debía dar tregua a un virus dentro de mi hogar.

Día a día la angustia y la preocupación crecían cada vez en casa, debía cuidar de mi hogar, debía cuidar de mis pacientes, mientras el miedo y la impotencia invadían sin medida la mente de la población, los noticieros se inundaban de in-

formación generando mayor enfermedad mental que física, miedo, pánico y descontrol.

Cada noche y madrugada al llegar a casa era un sufrimiento mezclado con temor y rencor conmigo misma al no poder abrazar a mis hijos, a mi madre, por su avanzada enfermedad no entendía la gravedad del tema, debido al Alzheimer está muerta su mente, pero el amor de madre nunca morirá a pesar de todo.

Tan solo quedó en recuerdos sus abrazos, sus besos y sus miradas al infinito, estoy destrozada, abatida, ¿cómo no pude ser más precavida? ¡he traído el virus a casa, la he enfermado yo!, de este virus que batallo día a día, de repente me hablan mis compañeros de turno, y solo pude escuchar ¡lo siento, ha muerto! Ya no está ¡ella ya no está! Y fue mi culpa. Me arrojé al piso, lloraba como aquella niña que ella cubría entre sus brazos para decirme que todo estaría bien, que me amaba. De repente una luz llegó a mí, era la imagen de mis hijos y de Mathías, por ellos debía seguir.

La complejidad del virus comenzaba a ganar terreno muy rápidamente, sus mutaciones fueron alterando cada vez más la salud física y mental de todos en el hospital, en casa, en el planeta. En esa tarde de labor sin tregua, de cansancio y frustraciones, se iluminó un pequeño camino, ingresé a la sala de niños y logré ver a lo lejos a un pequeño que prestaba ayuda y amistad a los demás. Era Mathías, mi niño, ese pequeño que llegó a mi vida entre luces, con su sonrisa de paz.

¿Cómo puede un niño ser tan valiente y fuerte? luchaba con su enfermedad y su pérdida con optimismo y alegría, unas lágrimas brotaron de mis ojos, ahora mi rostro estaba inundado de felicidad. Se acercó y con su batita limpió mis enrojecidas mejillas y con su tierno rostro me dijo:  
-Todo estará bien, todo pasará, aquí nace una nueva vida para todo el mundo y para ti- con sigilo y prudencia aquel

rostro tierno comenzó a desvanecerse en el aire y me dio las gracias por haber sido su más grande inspiración de batalla.

Mathías había muerto, su luz de vida se apagó para alumbrar el cielo, su hora había llegado, su enfermedad llegó tocando la puerta y llevándolo de la forma más tierna posible, dejándome con el corazón destrozado. Pasaron los meses y apareció una esperanza, una minúscula esperanza de paz, el virus fue tomando un nuevo rumbo con la llegada de las vacunas. En ese momento comprendí las palabras de mi pequeño Mathías. El tiempo avanzaba e iban aumentando las cifras letales de un virus que arrebatava vidas, sin ver color, raza, religión, ni edad, simplemente estaba ahí entre nosotros.

Ya han pasado casi dos años, han sido largos años sin mi madre y sin Mathías. Con una cadena de eventos sin retorno, pero dando por sentado que la guerra no está perdida, que aún hay un granito de esperanza para decir se acabó, salir, reír, simplemente vivir. Mis hijos y yo hemos aprendido que la familia es lo único sincero en momentos de angustia, noches y madrugadas de dolor, de ver el sufrimiento de personas ajenas a su círculo.

El mundo se llenó de unión, dolor, angustia, risas, alegrías, miedos e impotencias, una mezcla de sentimientos que no se pueden expresar con palabras, a menos que lo hayas vivido, porque son tan difíciles de asimilar y ahora nos tocaba vivir una nueva realidad.

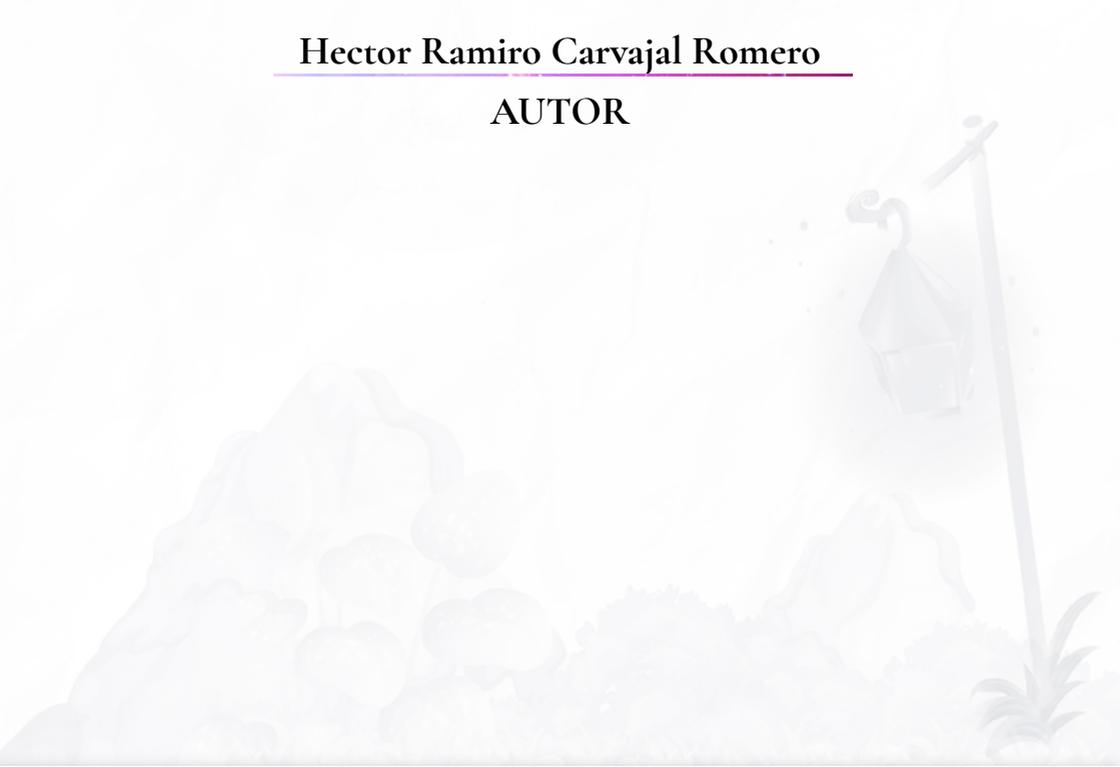
Miro al cielo y veo las estrellas, recuerdo entonces a mi pequeño, al niño que llegó a mi vida a enseñarme el significado de amar sin limitaciones, de crecer y ser valiente, ya no estaba entre mis brazos, ese niño que era mi paciente se había convertido en uno de mis pilares fundamentales para no perder la esperanza de soñar entre luces.

*Quinto lugar:*

## **Entre gatos y pandemia**

**Hector Ramiro Carvajal Romero**

**AUTOR**



# Entre gatos y pandemia

---

Aún conservo vivo en mi mente el recuerdo triste de aquel mes de marzo. Ya casi son dos años del lúgubre día en que se cerró el mundo. Sin embargo, a pesar de la evidente devastación, me pongo a pensar en las consecuencias a futuro de esta plaga bíblica, de este trágico rey con corona apocalíptica. ¡Es demasiado Misael!, son incalculables los daños, las tragedias personales y colectivas, en fin, la desolación es infinita. La pandemia nos enseña grandes lecciones, habrá que aprenderlas para buscar la luz al final del túnel.

Me miras y siento en tu mirada una paz infinita, como si quisieras decirme algo y yo, con mi exagerada tozudez, insisto en preguntarte. ¿Te das cuenta Misael cómo ha cambiado el mundo?

De repente el cielo se llenó de golondrinas, los aviones dejaron de volar, las ballenas jorobadas en su largo periplo desde la Antártida hasta las costas del Pacífico llegan en procesión, para aparearse sin temor a encontrar en su camino los gigantescos cruceros.

El agua de los océanos luce más limpia, el agujero de la capa de ozono parece un diminuto punto en la atmósfera, la naturaleza está agradecida, pero a qué costo me pregunto. Sin duda alguien ganó con todo esto: las empresas farmacéuticas, las tecnológicas, las energéticas... La economía del confinamiento nos volvió virtuales, las ganancias de Zoom se dispararon hasta el punto de cotizar en bolsa en tiempo récord. Pero ¿qué sabes tú de economía?

De repente, alzas la mirada y siento tu empatía Misael, sé que no te importa lo que digo, pero al menos tu ronroneo me relaja. Se hace tarde y en mis devaneos he olvidado la tarea del curso de entornos virtuales de aprendizaje. Imagínate la tarea Misael, nada más ni nada menos que un relato secuencial de las actividades que hacemos desde que amanece hasta que anochece. ¡Vaya estupidez, un algoritmo cotidiano! ¿Qué se puede hacer cuando la opción es no hacer nada, encerrado en cuatro paredes por temor a morir?

Me invade la locura y estallo en carcajadas, por un momento olvido que soy también docente y la actividad planteada debe tener un fin pedagógico, un resultado de aprendizaje. Se acorta el plazo, la actividad hay que entregarla a las 23H59 antes de las doce campanadas ¿Qué hago Misael?, decir que apenas me levanté te puse alimento y luego me invadió la ansiedad y depresión y me pasé acostado todo el día en la cama. ¡Diablos! Ya está la tarea, a grabarla en PDF y se fue.

Todavía queda tiempo, me seduce la idea de mentir y pulsar el botón de editar entrega, pero me invade el sueño y me acuesto con el cargo de conciencia de no haber hecho nada productivo el día de hoy, pero es más que seguro que el maestro me va a pedir mañana que lea mi tarea. Hasta mañana Misael que descanses.

Amanece y la misma rutina de siempre, el tiempo se hace eterno, cada hora parece un siglo, me siento en el portal de Santa Inés con un café y el olor profundo de las bananeras ecuatoriales y pienso en que no puedo dejar pasar ni un día más, permitiendo que el encierro socave mi cuerpo y mi mente. Hay que hacer algo, más me invade la nostalgia al caer la tarde mientras las bandadas de pájaros plataneros surcan el cielo de Machala.

Llega la hora de entrar a clases, ruego que no lean mi algoritmo vacío e intrascendente. El profesor dice: “voy a leer dos relatos que me parecieron muy interesantes”. Pienso y me digo, obvio que no es el mío. ¡Bájate del escritorio Misael!

-Señor Carvajal, apague su micrófono.

- Disculpe profesor. ¡Maldito gato!

Después del percance gatuno el profesor lee el relato del docente Julio:

“Me levanto a las cinco de la mañana, aún está oscuro, últimamente duermo pocas horas. Salgo para caminar hasta las vaquerías, un zumbido parecido al de las abejas llama mi atención, elevo la mirada al cielo y por un momento me parece ver un ovni que se aleja lentamente entre las bananeras donde nace el oro verde. El platillo volador es un dron me lo explica Nicasio, el capataz de la hacienda y continúa relatando las maravillas de una tecnología que es capaz de medir la humedad del suelo y otros indicadores que hacen del banano oreense la fruta más apetecida del mundo. En mi ingenuidad añoraba las tardes nostálgicas donde los que volaban no eran los drones sino los pájaros ahora reemplazados por los argonautas de la agricultura de precisión.”

¡Bravo! ¡Bravísimo!

Señor Carvajal, su micrófono de nuevo. ¡Perdón!

¿Misael de nuevo tú? Bájate del escritorio, otra vez activaste el micrófono. Por lo menos dime que escuchaste el relato. Olvídalo.

A continuación, el maestro procede a leer el segundo relato de la docente Manuela:

“Abro los ojos como cada mañana, con la esperanza de que todo sea una pesadilla. Me agobia la depresión y siento nostalgia por las aulas y los pasillos abarrotados de estudiantes con su algarabía. Pienso en que antes del encierro tenía preparado trabajar en un proyecto de vinculación de rescate infantil, todo lo truncó la pandemia. Decido dormir casi como una obligación, de repente me sumo en un letargo y percibo detrás de las verdes bananeras, un olor nauseabundo proveniente de los vertederos. Los chamberos, cual enjambre de abejas, buscan en montañas de basura algún objeto que pueda servir para el reciclaje. La venta de los desechos sólidos es la diferencia entre comer o ayunar. Un pequeño había llegado con su padre y escarbaban entre las escombreras, a su corta edad no entendía por qué tanta desigualdad, mientras pensaba en qué comerían esa tarde. De repente divisó un bulto entre la basura, era un oso de peluche sin orejas; se tocó las suyas, no tenía mascarilla en tiempos de Covid-19. Abruptamente despierto, con un profundo sentido de culpa e impotencia contenida. No hice nada más ese día, quería llorar y agradecer a Dios que solo fue una pesadilla.”

Un silencio sepulcral invade el aula virtual, en mi interior pienso, cómo puede el encierro generar brillantes inspiraciones literarias y siento una sana envidia de mis compañeros

de curso. Sin duda Misael, las grandes crisis crean escritores y poetas.

Y así transcurren los días, entre un sopor interminable, la desidia, la desazón y el olvido como pretendiendo cavilar sobre el amor en tiempos de Covid en fugaces momentos de lucidez, que se alejan con los últimos estertores de la noche. Misael, no tengo cabeza para pensar, no sé si tú, también sientes lo mismo, ¿sabes? Te noto algo raro. Mamita América me dijo que últimamente no has querido comer. Qué raro, si yo cada día te veo más gordo. Mañana te compraré tu comida favorita y ahí veremos.

Amanece como siempre, entre el letargo y la esperanza, con los rezos diarios del rosario de Mamita América y el sepulcral silencio cotidiano que rompe los oídos. Escucho el maullar lastimero y me levanto a darle la comida a Misael. El plato sigue lleno de pepitas, no ha probado bocado desde ayer ¡Qué bueno Misael, por fin te pusiste a dieta! Reconozco que estás con sobrepeso, pero noto una exagerada pancita. Sin embargo, pienso que me quieres decir algo, tu mirada triste te delata.

Decido llamar a la doctora Anita, me contesta de inmediato y me dice que lo lleve a la clínica. Enseguida lo examina y detecta un abultado vientre. Dice que puede ser retención de líquido. Decide introducir una sonda para drenar. Al cabo de una hora Misael continúa con hinchazón. La doctora me llama y me pide permiso para cirugía, presume que el felino podría tener la vejiga rota. Doy la autorización, mientras espero en el pasillo entre oraciones silenciosas y una angustia estremecedora.

Ya han pasado quince minutos, suena mi teléfono, es la doctora, me pide que ingrese al quirófano. Su mirada lo dice todo, pregunto qué es lo que pasa y en un tono suave y consolador me pide la autorización para dormir a Misael. Tiene

cáncer y ha hecho metástasis en su cuerpecito. Lo veo en la mesa de cirugía con sus entrañas abiertas y en mi interior le pido perdón por las veces que ignoré sus juegos, por las reprimendas por sus travesuras, por no haber entendido a tiempo su silencio.

Con el dolor profundo del alma, doy la autorización y salgo de la sala. No puedo más y estallo en llanto. Desde la muerte de mi padre nunca había llorado tanto. Fueron trece años que me acompañaste y ahora me toca sepultarte en el jardín de Santa Inés bajo la sombra de un árbol testigo de ese amor y lealtad incondicionales que solo los gatos pueden ofrecer.

Después de algunos meses el virus sigue cobrando vidas, de amigos, familiares, de conocidos y desconocidos. La rutina no ha cambiado, quizá el confinamiento se ha reducido, pero las medidas restrictivas continúan, a veces suaves y a veces fuertes. La ciencia se ha volcado frenética a la búsqueda de la ansiada vacuna, a pesar de las variantes y de las mutaciones de este virus espectral.

Al cabo de algunos meses, la prensa mundial anuncia la producción masiva de la vacuna. Las grandes potencias otra vez lo lograron, poniendo de rodillas al resto del mundo. Esta vez el poder geopolítico de unos cuantos países ha dado luz a un nuevo orden mundial: el de la economía de la salud.

No tengo con quien hablar, a raíz de la muerte de Misael, he vuelto al ostracismo. De repente, suena el teléfono, es la doctora Anita. Me dice que tiene un gato para adopción. Pienso, ¿quién puede reemplazar a Misael? y me digo en silencio que el mejor homenaje póstumo es dar cabida a otra mascota deseosa de un hogar. Las heridas cicatrizan, pero los amigos no se olvidan.

Acepto de inmediato, pero antes me envía la foto por mensaje. El flechazo es inmediato, un felino blanco de ojos

azules al que le pongo como nombre copito de nieve y que llega a casa justo el día de cumpleaños de mamita América.

Pasan los días y entre campañas de vacunación e indicios de normalidad controlada, Copito se adapta a su nuevo hogar. La pandemia parece que está llegando a su fin, el porcentaje de personas vacunadas es cada vez mayor, la inmunidad de rebaño es inminente.

Aún no entablo conversación seria con copito, a veces me equivoco y lo llamo Misael, no sé cuánto tiempo me acompañará, ojalá sean muchos años.

Hoy es mi cumpleaños, reflexiono y doy gracias a Dios porque al cabo de casi dos años soy sobreviviente del apocalipsis. Misael ya no está, dicen que los gatos absorben las malas energías, que alejan los malos espíritus, que asumen las enfermedades de los seres humanos con estoicismo. Ha sido un día tranquilo, sin celebraciones ni fiestas, a pesar de que hay mucho que celebrar: la vida, la familia, los amigos, los animales...

Amanece y en los noticieros los agoreros del mal predicen la aparición de virus aún más letales, esto a pesar del evidente control de la pandemia. No sabemos qué nos deparará el futuro, lo que, si es cierto, es que, la resiliencia y empatía serán los ingredientes perfectos para afrontar cualquier hecatombe, ¡aah! me olvidaba, cuando no haya rastro de vida en la tierra siempre habrá una semilla, que reescriba la génesis de la humanidad y ese germen siempre será el amor para empezar de nuevo.

## Otros cuentos destacados...



# Isixticrom te espera

---

Dentro del planeta tierra había demasiadas personas, tantas que generaban bien y mal a diario, pero eso era parte del equilibrio llamado “Vida”. En un pequeño pueblo de un país latinoamericano, Julia apresuraba a sus hijos Lucas y Leo de 8 años a alistarse para ir a la escuela, siendo un jueves por la mañana y sin tener aún sus loncheras listas, la mujer rodaba desesperadamente por cada esquina de la cocina. Los niños gritaban y se peleaban, como si no entendieran qué lazo sanguíneo compartían entre ellos a pesar de ser gemelos, negando su increíble parecido; aunque sus temperamentos eran la causa más común de sus peleas, también los mantenía unidos.

Después de tomarse su chocolatada, los pequeños escucharon un fuerte pitido del exterior de la casa, su buseta había llegado; Julia corrió a abrir la puerta para gritar un: ¡Ya salen!

Tomó de las manos a ambos niños y los acercó al vehículo, ambos subieron, saludaron y empezaron a charlar con el resto de infantes que ya estaban en sus asientos. Una vez que partieron, Julia regresó a la cocina, terminó de ha-

cer el almuerzo y rápidamente se puso su chaqueta para salir al trabajo, al llegar a la oficina saludó a todos; no obstante, pocas personas le devolvieron el saludo, extrañada de aquello se dirigió a su amiga Ivonne y le dijo:

- ¿Qué pasa con todos que están raros? -

- Hace poco salió una nueva fragancia al mercado, se llama Isix, supuestamente ayuda a relajarse y es agradable al olfato, muchos la han comprado y la usan antes del trabajo, por lo que al llegar aquí parecen zombies... al parecer ese es el efecto, un estado de relajación extrema- dijo Ivonne.

Una semana después, Julia notó como uno a uno sus compañeros de trabajo caían en el *Efecto Isix*, muchos se ausentaron del trabajo y los pocos que quedaban mostraban síntomas muy parecidos a los demás. Al cabo de un mes el fenómeno se había esparcido por toda la ciudad, suspendieron la presencialidad en trabajos y escuelas, los centros comerciales, parques, restaurantes y cualquier establecimiento que implique estar fuera de casa, todo esto alertó a la población que estaba confundida debido a la magnitud de las medidas dictadas por las autoridades. Julia se preguntaba ¿si la causa del *Efecto Isix* se debe al perfume, por qué no lo sacan del mercado?

La cifra de contagiados se elevó y los noticieros dejaron de reportarlas, Julia estaba aterrada, no entendía qué pasaba, al mismo tiempo las redes sociales estaban invadidas de varias teorías acerca de este fenómeno, donde se presumía que ya no era necesario haber comprado la fragancia, pues el aroma mágicamente llegaba al olfato y es así como la gente empezaba con su sintomatología, repentinamente sentían su cuerpo más ligero, al mismo tiempo su capacidad del habla se veía afectada, hablaban lento y casi no podían articular palabras,

hasta finalmente quedar en una especie de estado vegetal, a partir de ahí no había más información, no se sabía si fallecían o lograban sobrevivir.

En su segundo mes de encierro Julia notó cómo sus vecinos ya no solo no salían de casa, sino que habían cerrado las ventanas con tablas y los suministros eran entregados por militares en enormes camiones del gobierno, dejaban las cajas en la entrada de cada hogar, y salir a recogerlas era todo un reto para las familias, muchas optaban por enviar a un solo integrante por todo y que este entre corriendo, otras se decidían por ir todos juntos y aguantar la respiración hasta estar dentro de casa, todo para evitar respirar lo que sea que haya fuera de casa.

Julia estuvo muy tensa durante el inicio del encierro, pero debido a su sentido de responsabilidad y visión del futuro procuró no permitir que la crisis la afecte, se las ideó para que sus hijos sean autodidactas, mantuvo un ambiente pacífico en su hogar evitando las noticias perturbadoras y pasando el mayor tiempo posible con sus hijos, al fin y al cabo solo eran ellos tres, sus padres habían muerto hace tiempo al igual que su esposo; aquellas crisis circunstanciales formaron parte de su crecimiento personal y de una alta resiliencia.

Al iniciar su quinto mes en casa notó algo extraño, empezó a oler algo muy diferente a lo habitual, decidió no prestarle atención, pues creía que había sido influida por el absurdo pensar que el *Isix* se presentaba sin previo aviso. Se resistió y mostró indiferencia a sus síntomas durante quince días, luego todo se volvió más difícil, ya no rendía como antes y temía contagiar a sus hijos, aunque no había información de que esta sea una enfermedad de ese tipo, lo que le pareció más perturbador es que escuchaba voces, siendo esto algo que no estaba dentro de los síntomas enlistados, todas estas decían:

-Vamos a Isixticrom; Isixticrom te espera; Únete a los demás...

Empezó a aislarse, le dijo a sus hijos que tenía un resfriado y por ahora estaría en su habitación, sin embargo, olvidó la entrega de los suministros y en esta ocasión le pidió a ambos niños que salgan con el mayor cuidado posible, deberían de aguantar la respiración y rápidamente entrar a casa; ambos lo hicieron bien y eso la hizo sentir orgullosa, al instante empezó a sonar su celular, un número desconocido y extraño se reflejaba en la pantalla, ella contestó por curiosidad, enseguida escuchó:

-Por favor manténgase callada, está siendo observada y es necesario que para responder las siguientes preguntas asienta o niegue con la cabeza, ¿lo ha entendido? - Julia asintió.

- ¿Usted ha experimentado que su cuerpo está más liviano?

- Julia asintió.

- ¿Se le ha dificultado articular palabras o las arrastra al hablar? - Julia asintió.

- ¿Percibe un aroma perenne, aunque no sabe su origen? - entre lágrimas Julia asintió.

Finalmente:

- ¿Ha tenido alucinaciones auditivas? - con un torbellino de emociones dentro de ella, Julia dudo brevemente hasta que la voz en el teléfono insistió por su respuesta, Julia asintió.

En ese instante tres sujetos entraron por la ventana de la habitación, completamente vestidos de blanco y con una máscara transparente, le pidieron que mantuviera la calma mientras abrían una camilla, pidieron que se recostara y no muestre resistencia. Julia no podía procesar lo que pasaba y en lo único que pensaba era en sus hijos, cayó al suelo y entre

un llanto insostenible y un habla inentendible suplicaba por sus niños, del otro lado se escuchaba a los pequeños llorar e intentar abrir la puerta, los hombres intentaron calmarla, pero ella no dejaba de quejarse, su dolor era tal que terminó cayendo inconsciente debido al agotamiento.

Despertó en una habitación blanca, fría, con un suero conectado a su vena y un monitor de signos vitales, la impresión fue tanta que intentó ponerse de pie enseguida, pero su cuerpo no le respondía, las voces en su cabeza empezaron a aturdirle; cuando de repente... una voz que venía a través de una pequeña ventanilla atrajo su atención, esta dijo:

-Bienvenida al Programa de Recuperación Isixcroniana- Julia abrió mucho sus ojos.

-No te preocupes por tus hijos, están en un centro de acogida dirigido por el gobierno, se procuró que reciban la atención adecuada, y si te recuperas podrás volver con ellos, a partir de hoy empezaremos una serie de pruebas contigo y esperamos tu entera colaboración - dijo la voz.

Aunque no entendía nada, Julia aceptó. A diario le sacaban sangre y dentro de su suero le suministraban una medicina que hizo que poco a poco se recuperara; después fue llevada a una habitación más parecida a un dormitorio común que a un cuarto de hospital, se le dio un horario para su rehabilitación física y del habla, se volvió cercana a su logopeda llamado Santiago, lo que causó que éste soltara un dato de alto impacto para Julia, la supuesta enfermedad, no era eso; sino más bien una mutación tras exponerse a un virus alienígena.

La primera reacción de Julia fue reírse, pensó que se trataba de alguna broma, pero al ver el rostro serio de su amigo empezó a procesar lo que escuchó. Santiago empezó a explicarle que una base alienígena estaba operando en su pueblo,

y que su plan era drenar la esencia de los humanos a través de su virus esparcido por la dichosa fragancia *Isix*; todas las alucinaciones eran en realidad las voces de los alienígenas pertenecientes al planeta *Isixticrom*, quienes querían que ella suelte su cuerpo para así poder llevársela, pues según ellos, el verdadero valor de la humanidad no está en su cuerpo, sino en el alma.

Todos los que estaban en esas clínicas del gobierno eran sobrevivientes de la enfermedad del *Isix*, y debido a ellos se estaban creando vacunas en contra de este virus. Inmediatamente Julia pensó en sus hijos, ¿qué pasa si ya no los volvía a ver? Empezó a llorar desconsoladamente hasta que Santiago logró tranquilizarla, le dijo que sus hijos ya habían recibido la primera dosis de la vacuna y que estaban esperándola, ya faltaba poco para que ella saliese.

Una semana después Julia fue dada de alta, al salir del centro vio un mundo distinto, militares por todas partes y algunas personas caminando con cautela, al llegar a casa sus hijos ya estaban esperándola, los abrazó fuertemente. En un mes el mundo parecía haber vuelto a la normalidad, la mayoría de la población había retomado su vida, Julia volvió a su trabajo y lamentó haber escuchado que *Ivonne* había fallecido debido al *Isix*; consecuente a esta noticia, decidió visitar su tumba el fin de semana, el cementerio estaba lleno de familias que lloraban la muerte de sus seres queridos, y tras dejar un ramo de flores Julia se retiró.

Llegó a una tienda cercana, pidió una botella de agua y se sentó en la banqueta, de repente una extraña toma sienta a su lado, al voltearse vio a *Ivonne* sonriéndole, ella pegó un grito del susto.

La otra mujer expresó:

- Shhh- Julia con su cara pálida no podía pronunciar nada de lo que pasaba por su enredada cabeza hasta que dijo:

-Ivonne, pero... ¿qué te pasó? ¡acabo de visitar tu tumba!

-Bien hecho cariño, ella debe de estar agradecida, y es que hay el detalle que yo no soy Ivonne... solo tomé su cuerpo, ella está disfrutando de Isixticrom- dijo Ivonne.

- ¿Qué? ¿De qué hablas? - dijo Julia estupefacta.

-Que sí chica, tú estuvieses igual de bien que ella, pero bueno... no cediste- espeta la otra mujer, seguido a ello se levanta y mientras sonríe dice:

-Quizás este sea el fin para ti, pero no para nosotros...

Julia no puede creer lo que ha pasado e intenta seguir a la mujer, pero ella ya ha desaparecido, mira al cielo y ve un centello de luz que se esfuma entre las nubes. Regresa a casa con la esperanza de haber imaginado lo que acaba de pasar, de que toda esa nueva realidad solo sea un sueño.

# Pesadillas

---

Víctor Caguay salió con paso apretado del callejón de las ánimas. La neblina no le permitía ver más allá de dos metros. El apremio lo agitaba y la mascarilla lo ahogaba. Había calculado mal el tiempo que le tomaría caminar ocho cuadras hasta la vivienda de la bruja Cecilia, pagarle el saldo que le debía y regresar a casa antes de que inicie el toque de queda. No tomó en cuenta que el Terrible Manaba podría aparecer en el camino con intención de charlar. Por lo menos debía corresponderle el saludo. Por ahí se rumoreaba que el viejo se resentía con quienes no le prestaban asunto. Y, la verdad, a nadie le atrae la idea de tener a un fantasma resentido con uno. Víctor nunca imaginó que chocaría los puños con un anciano para saludarlo; pero con la pandemia lo extraño se volvió normal; y lo común, prohibido. Evitó extenderse en la trivial conversación: se despidió del centenario reflejando su estado de apuro. Tras ello, notó un completo desagrado en la mirada de su interlocutor.

A medio camino de regreso, la luz estroboscópica de una patrulla que entraba a la calle le

encandiló la vista. En ese momento un ruido agudo y largo surgió del cielo. La sirena que daba inicio al toque de queda irrumpió con hábito de trueno. Era un lastimero sonido de trompeta potenciada por un megáfono. Se prolongó durante varios segundos. Mientras tanto, los faroles intensos del automóvil parecían ojos coléricos apuntando a Víctor. El motor rugió como una bestia. El hombre sintió la vibración de la camioneta acercarse y la bruma se transfiguró en aquel cuerpo que justificaba las luces levitantes. Entonces la sirena se detuvo, y el mundo entero quedó en silencio. Una vez lo alcanzaron, los policías bajaron los vidrios.

—¿Qué hace afuera, señor? —inquirió el copiloto—. Por si no ha escuchado, ya inició el toque de queda.

—Mi casa está cerca, y ahora voy hacia ella, cabo.

—Entonces lo seguimos para comprobar que no nos falta a la verdad.

—No se preocupe —dijo Víctor —soy suboficial retirado del ejército.

—Entonces con más razón —replicó el cabo.

—Camine, camine —apuró el conductor—, ¿o quiere sumarse a los incumplidos que llevamos atrás?

Víctor se fijó en los asientos posteriores. Había cuatro hombres esposados, con los rostros tintos de sangre y tumefactos. Aparentaban desear más la muerte que la vida, los desgraciados. Eran cuatro pordioseros sin hogar.

—Sargento, ¿apenas inicia la restricción y ya tienen cuatro detenidos?

—¿Apenas? —simuló extrañeza el conductor—. El toque de queda comenzó hace dos horas.

Tras avanzar varios metros en silencio, los policías no aguantaron más las carcajadas al ver que se mantenía la expresión confundida de Víctor.

—Es broma, hombre —dijo el sargento—. ¿No habrá escuchado que recién sonó la sirena?

—Sé que no era cierto —contestó Víctor—. Lo que no entiendo es qué hacen esos hombres ahí atrás.

—Solo nos adelantamos —explicó el cabo—. Ya se sabe que no tienen forma de respetar el toque de queda.

—Pero están golpeados...

—Hable menos y camine más, tenga la bondad —ordenó el sargento.

Víctor movió la cabeza. Por mucho que faltase poco, el tramo restante se alargó con la incómoda escolta. Percibió, más adelante, cierto dinamismo en la niebla, a una latitud que, dedujo, le correspondía a la vereda, y a una altitud que, razonó, era de un ser. «Otra alma», pensó. No pasó mucho para que le llegase el olor a tabaco. Aguzando la mirada comprobó una débil brasa de cigarrillo. Víctor se acercó impulsado por la curiosidad. El sargento también se dio cuenta. Aplastó el acelerador y se aproximó a dicho humo confusor.

Pronto se dilucidó la silueta de un militar, acompañado de tres militares que a su vez los acompañaban más militares. Era como si aquellos hombres sombríos estuviesen atravesados por sus fusiles. También patrullaban el barrio. Los policías los saludaron y continuaron de largo, arreando a Víctor. «Son de infantería», pensó el suboficial. «Y están en servicio. En servicio. Si fueran mis tiempos, si ese fuera mi pelotón, y ese fumín fuera uno de mis elementos y yo lo encontrase tabaqueando, lo castigaría». Solo esto bastó para rememorar

un segundo del trágico pasado. Apenas un segundo le fue necesario para componer una analogía.

En el Cenepa la batalla fue cruel. Y veinticinco años después de la contienda, el suboficial retirado llegó a la inevitable conclusión de que lo más parecido a una guerra es una pandemia. Las soñó a ambas antes de vivirlas, y a ambas las interpretó demasiado tarde. Eran dos mujeres hermosas. Modelaban sin dificultad sobre una pasarela de cadáveres que aún conservaban la última expresión de horror. Las dos modelos más preciadas de la muerte. La segunda vez que tuvo la pesadilla fue un mes antes de la llegada del huracán. Anunciaron su venida con anticipación, pero cuando vino, lo hizo como si nadie hubiese sido advertido, como una guerra.

—¿Y qué tan lejos es, que todavía no llegamos? —le dijo el sargento, acercando la Pickup hacia Víctor.

—A seis casas de aquí —contestó—. La señalaría, pero no se ve nada.

—Más le vale que así sea.

El policía sacó el rostro por la ventanilla, y levantó la ceja que apuntaba hacia los asientos traseros.

—Le recomiendo, sargento, que no se acerque mucho. Mi esposa y mi hija perdieron el olfato esta tarde —advirtió Víctor.

—Qué curioso que todos digan lo mismo —comentó el cabo decorando sus palabras con una sonrisa sarcástica.

—Igual todos habremos de contagiarnos —añadió el sargento— y caerá quien tenga que caer. El que está condenado podrá retrasar su destino, jamás evitarlo.

Víctor observó con extrañeza al policía con aires de iluminado. Aquel tipo y la bruma le recordaron a su finado padre. Con el mismo tono enaltecido, su progenitor repetía siempre

que es importante procurar que la niebla del mundo no sea la niebla del corazón de uno.

—Esta es mi casa —indicó Víctor —Se les agradece la compañía.

—Que se recupere su mujer y su niña, sub. Cuídelas bien. Y por nada del mundo salgan en el resto la noche —sugirió el sargento alargando a propósito las últimas palabras. Se escuchó más cercano a la escalofriante amenaza que a la sana recomendación.

—Buenas noches —dijo Víctor.

Al principio las noches de familia fueron amenas. Pero la rutina del encierro las envolvió de tedio. Así que fue recibido por el mismo silencio con que salió. La atmósfera de su hogar a esa hora, sin falta, debía estar inundada del aromático cacao rallado que acostumbraban a tomar por las noches. Esta vez no. Aquel vacío en el ambiente le tocó los hombros, tironeó de su camisa y, al respirarlo, se irrigó en su estómago con un poder glacial. Las lámparas estaban apagadas, a duras penas el delicado fulgor del televisor se escapaba por la entrada de su cuarto. Allí encontró a su esposa cubierta de pies a cuello con la infallible colcha de tigre, tiritando, y a su hija, que la abrazaba.

—Por el amor de Dios, no te acerques —le dijo su esposa.

—¿Qué tienes, María, corazón? ¿Empeoraron? ¿Qué tienen?

—La niña tiene fiebre. Yo tengo escalofríos. Le dije a Martín que se encierre en su cuarto. Debe estar dormido, ya sabes cómo es él.

—¿Él cómo está?

—Bien —dijo María. Tras ello tocó varias veces.

Víctor se acercó a tomarles la temperatura de todas formas. Ambas resultaron con fiebre.

—Te demoraste —dijo María en siseos.

—Me encontré al Terrible Manaba, la neblina estaba espesa, me interrogaron unos policías, un desastre, por eso.

— Víctor—. Lo tomé de la mano—Báñate, desinfectate, no quiero que te enfermes. Tira esa mascarilla y ponte otra.

—Tranquila, superaremos esto. Pronto estaremos tomando chocolate caliente en la mesa juntos.

—Eso espero —suspiró María.

Víctor se desinfectó. Ipso facto, puso a hervir una mezcla de hojas, ramas y especias que le recetó la bruja para combatir la enfermedad. Mientras la infusión borboteaba, sacó del bolsillo de su pantalón una carta peculiar que la misma bruja le obsequió. Rezó una oración al protector de los dolientes; un ente muy antiguo cuyas primeras datas se registran de comunidades nómadas africanas de hace miles de años antes de cristo; con características que se modificaron con el paso del tiempo y de las culturas, como un secreto que se cuenta de oído a oído. Pueblos que nunca se cruzaron —ni lo harán porque ya no existen—, también soñaron sus propios seres divinos con la bondad de sanar al enfermo, al herido, y les otorgaron formas varias, pero quedaron descartados en el limbo de la extinción.

De todas formas, en todos los casos, se trataba del mismo ser, y las variantes que si lograron ser transmitidas convergieron en un hombre rubio y barbudo parado sobre una nube, el cual estaba representado en la carta de dudosa baraja que Víctor tenía en la mano. Por supuesto que el suboficial no lo sabía, como menos lo sabían quienes predicaban su fe en dicho espíritu; pero bien pudo ser el mismo ente al que, años atrás, invocaron los nativos de la selva para curarle la herida de metralla en el abdomen.

Sintió el aire contaminado de sombría pesadumbre. La temperatura descendió al menos cuatro grados, y lo golpeó el agotamiento al ver atisbos de neblina filtrada acariciando los pequeños rincones de luz en la casa. Era efecto del remedio encantado que convocaba portales intangibles, o el desbalance en la salud de su familia, o la tensión de la muerte, o los mil demonios que lo observaban, o la incertidumbre del mundo. Lo cierto es que ni bien hubo terminado la tarea de darle de beber el brebaje a todos, sus párpados cayeron y lo empujaron a un sueño de piedra, que lo mismo pudo ser un segundo que tres horas.

Alguien profirió un grito desgarrador en la calle, y Víctor se despertó con el corazón primero asustado, luego enfurecido y de vuelta asustado. Pensó que se trataba de su familia, pero resonaron las ásperas voces de los militares que perseguían a un ladrón cordelero. Escuchó el repiqueteo de botas, también insultos, golpes, súplicas de perdón, la sirena de una patrulla.

Suspiró, preguntándose cuándo terminaría la pesadilla. Se levantó del sillón y entró a la habitación a controlar el estado de María. Le perturbó por completo su reflejo natural de retirar la mano al palpar la frente de su esposa, como si hubiese tocado brasa ardiente. El mismo caso con su hija, que dormía al lado. Martín tocó en el cuarto contiguo. Antes de que su padre abriese la puerta, el niño ya lo había hecho, y se chocaron de frente.

—¿Estás bien? ¿Sucede algo, mi coronel? —dijo Víctor.

—Tengo sed.

—¿Te sientes bien? —insistió.

—Me duele mucho la garganta.

—Carajo —susurró Víctor.

---

Lo condujo de vuelta a su cama y le llevó un vaso de agua con una píldora triturada. La mano le tembló al recibir de vuelta el envase vacío. Que un niño presente síntomas de albergar el virus era menos común que en cualquier adulto, y que dos niños de la misma casa los presenten era una casualidad aterradoramente. Pensó en las decenas de casos reportados donde una persona era la única sobreviviente de una familia completa. Claro que esas posibilidades son demasiado bajas, pero ganar la lotería es menos probable y aun así hay gente que la gana. Trató de no pensar en números, pues tal método ya no le era útil para encontrar calma: ante el miedo tendía a realizar cálculos de probabilidad. En la guerra estimó el porcentaje en que podría darse el evento de coincidir con la trayectoria de un proyectil de mortero. Dígito que resultó ser bastante bajo. Él se salvó, pero no dos de sus compañeros. Todos los días de su vida recordaba aquello.

Buscó adentrarse en el sueño, dispuesto a recuperar la mayor energía posible y, apenas brille el sol, salir a comprar víveres, medicamentos y plantas para la infusión. Una repentina ráfaga de disparos lo alejó de su objetivo. Se volvieron a escuchar gritos e insultos. Una mujer lloraba. Se asomó por la ventana, y apenas divisó siluetas difusas. Se tiró al suelo al escuchar otra detonación. Era una noche muy agitada para la ley. En realidad, violenta. «¿Qué está sucediendo afuera, Dios?», murmuró Víctor.

María salió de la habitación con su inconfundible arrastrar de pantuflas. Demostraba angustia en su expresión, y, sacudiendo la mano, le dijo a su marido que se acerque. Víctor corrió a abrazarla, pero ella lo contuvo antes de que lo logre. Estaba agitada.

—No —susurró—cuidate de mí, por favor.

—A estas alturas todos debemos estar contagiados.

—¿Qué está pasando? —logró decir María.

Cada vez jadeaba más.

—Deben ser los pillos tratando de aprovechar la neblina de hoy. Se han puesto terribles. ¿Porqué hablas así, corazón? Tranquila, ya se calmará todo.

—Me falta el aire, Víctor, ayúdame. A la niña también, está llorando en el cuarto.

—¡Qué! ¿Desde cuando?

—Me di cuenta... desde que nos despertamos... por el ruido.

—Debe ser ansiedad. Trata de respirar profundo, por favor. Vamos a que te acuestes.

—¿Y mi Martín?

—El niño está bien —mintió Víctor.

Mientras su esposa trataba de calmarse, el hombre buscó ropa en el armario y llamó a un número celular. Le apenaba la alta hora en que timbraba a su amigo. De seguro estaba dormido. Pero no existe vergüenza, miedo o límites cuando se trata de la familia. Le atendieron de inmediato, pidió el favor no sin antes pedir disculpas; y así supo que no debía preocuparse; de todas formas Fermín estaba despierto, escuchando el escándalo de las calles.

—¿Qué vas a hacer, Víctor? —inquirió María un tanto más estable en su aliento.

—Traeré dos tanques de oxígeno, solo por si acaso.

—Anda a verlos en la mañana.

—Están enfermas ahora: debo ir ahora. Mañana los llevaré al hospital militar. Además, es cerca. Descansa. No te preocupes. Llevaré mis documentos. Les explicaré la situación. Seguro entenderán.

Salió. Afuera el disturbio se había calmado. Ni siquiera se escuchaban ya voces ni vehículos. Caminó en sigilo, arrimado a las paredes. La niebla era una forma de ceguera. Más adelante tropezó con un cuerpo rígido. Recuperó el equilibrio antes de caer al suelo. Pudo ser un tronco, una piedra, daba igual; continuó. A una cuadra, se volvió a tropezar con algo a que tampoco prestó asunto. Escuchó muy cerca de él los jadeos de un perro. Alcanzó a ver la cola deslizarse como una serpiente delgada. El animal gruñó, ya que advirtió su presencia. Víctor procuró no sentir miedo, de otro modo el can lo percibiría y es entonces cuando se lanzaría al ataque. Lo delataría. Por el crujido de una funda plástica dedujo que el perro debía estar hurgando en basura, comiendo. Estaba a pocas casas de Fermín, y se volvió a topar con un obstáculo. Sonaron voces cerca. Se agachó, y le llegó un olor metálico. Era sangre. Se agachó más y buscó la mancha; la encontró en el obstáculo. A esa altura pudo ver que se trataba del cuerpo sin vida de uno de sus vecinos.

—¡Cielo santo!—. Saltó hacia atrás.

Un vehículo se encendió, sus luces resplandecieron. Los policías se acercaron a la posición de Víctor.

—Hay un hombre aquí que necesita ayuda —gritó antes de que lo intercepten.

Alguien rastrilló una pistola. Escuchó botas que corrían hacia él.

—Tranquilos —dijo—, soy suboficial retirado del ejército, aquí mis credenciales...

—¿Por qué incumple con el toque de queda, señor? —dijo un anónimo.

—No debe estar fuera de casa, ciudadano —dijo otro.

---

Lo último que vio fue la sombra de un uniformado con el tolete a toda viada. Recibió un golpe tan severo que lo dejó dormido, rayano a la muerte. Tuvo un sueño poco antes de despertar; si acaso no era ya un sueño todo lo suscitado. Fue una pesadilla interpolada en otra pesadilla, razonó después. Llegó la mañana plena y radiante. La niebla se hubo condensado. Su familia seguía enferma. Se acercó a observar desde la ventana y notó que lo mismo hacían todos los vecinos en sus casas. Parecían prisioneros anhelando libertad. En la calle había cuerpos esparcidos como piedras, cubiertos de cal y tapados en fundas plásticas.

Por algún motivo que dentro del sueño ignoraba, él sabía que muchos de los difuntos fueron golpeados hasta la muerte, incluso disparados; no todos eran víctimas fidedignas del virus. Lo quiso gritar al mundo, pero también supo que sería peligroso, que nadie le creería. Vio un cabezal con un contenedor adaptado, en el cual, personal de salubridad, vestidos como apicultores, depositaban los cadáveres de la ciudad luego de etiquetarlos con un número. No les interesaba revisar las condiciones de los cuerpos. Se los llevaban con la promesa de devolverlos sistemáticamente para su cristiana sepultura. Pero Víctor también sabía que las morgues estaban al límite. En esa confusión, se despertó por un estremecimiento brutal.

La herida abierta en la cabeza le dolía al ritmo de sus latidos. Tenía el cuerpo tenso por la reciente caída. Personas al filo del contenedor, sombras a contraluz, tiraban los cadáveres uno encima de otro en la pequeña y oscura bodega. Dos cuerpos aterrizaron sobre Víctor. El mareo le impidió levantarse a tiempo, y, mudo por la retahíla de impresiones, vio que cerraban las puertas y lo dejaban confundido entre los difuntos. El lugar olía a putrefacción. Exangüe, intentó ponerse en pie, pero el esfuerzo lo llevó a perder la consciencia.

cia otra vez, y experimentó ese salto en el tiempo que ubica al desmayado en el futuro.

Cuando despertó, había hombres de nuevo en la sala. Por desconfianza reprimió el impulso de gritar, de pedir ayuda. Solo entonces se percató de que los estuvo escuchando hablar desde antes de abrir los ojos. El mareo no le permitió comprender al principio. Pero al verlos empeñados en su tarea, deseó con toda su alma haber muerto en las noches selváticas de la guerra. En ese punto llegó a estar seguro de que la tragedia no era la muerte, sino la agonía.

De una puerta interior ingresaban más cuerpos. Los traían en una fila interminable de camillas que asomaban sus ruedas herrumbradas como ratoncitos curiosos. Una tras otra, las angarillas se despedían de sus ocupantes inertes, y regresaban por un pasillo cuyas resonancias lo sugerían de larga extensión. Mientras se colmaba la capacidad de la bodega, Víctor se enteró de que muchos muertos habían perdido el nombre, que sus identidades eran irrelevantes de todas formas, que algunos llevaban varios días encerrados sin refrigeración y se volvieron irreconocibles, que las ratas habían hecho su fiesta, que las familias esperaban la devolución de su difunto, que aquello no sería posible, que se necesitaba de muchos, muchos muertos para justificar el uso de tantas bolsas para cadáveres, que con los enfermos no alcanzaba y por eso había pordioseros e incumplidos occisos, que curiosamente no los examinaron, que había mucho dinero y corrupción de por medio, que los enterrarían a todos en una fosa común y que luego se disculparían. El último exánime fue un hombre obeso que al caer apretó a todos. En ese instante, Víctor escuchó la orden de poner bolsas para cadáveres en las víctimas que faltaban.

—Esperen —dijo con un hilo de voz—, yo estoy vivo, me han confundido.

El personal de salud, silencioso, quedó observando aquel cuerpo lánguido que volvió a la vida. Ya no les sorprendía. No era el primer caso ni sería el último. Víctor vio a uno de los tipos acercarse y no recordó más. Se encontró de pronto en un nuevo contenedor. Cada vez que despertaba se sentía menos atado a la vida. Pero en esta ocasión vio todo desde afuera. Vio bolsas negras apiñadas como fruta en camión. Vio dentro de una de las bolsas su cuerpo desahuciado. Sobre su abdomen y bajo su espalda, vio decenas de personas en un tranquilo mutismo de espera. Algunas fundas se habrían perforado; acaso ese el motivo por el cual líquidos viscosos y nauseabundos cubrían el suelo del contenedor, y dejaban en las calles un hilo de muerte.

El conductor del trailer frenó con una resolución de verdugo. Se acomodó en retro y apagó el vehículo. De inmediato abrieron la puerta, y Víctor vio el valle donde descansarían los difuntos. Los panteoneros comenzaron su trabajo con evidente desánimo. Acomodaron uno junto a otro los bultos. Cargaron chicas jóvenes, mujeres embarazadas, ancianos, enfermeras, uno que otro niño, obreros, ladrones, hombres que un día tuvieron mucho dinero y ahora eran pobres, hombres que en unos años hubiesen logrado una gran fortuna, drogadictos, microtraficantes, un panadero, cuatro jardineros, ocho campesinos, pordioseros... Eran de todo y eran nada; a la tumba sueños y promesas, viajes y experiencias, sufrimientos y placeres. Pensó en la soledad de sus enfermos, su familia alicaída, la preocupación que deberían estar sintiendo. Entonces vio a María y a sus hijos entre los pericidos. Uno al lado del otro. Vio que a su cuerpo lo ubicaron en un sitio lejos de ellos. Lloró al saber que no terminarían juntos.

Contempló casi hasta el final aquel extraño rito ajeno a misa y sepelio, donde enviaban a los caídos a un cosmos donde la palabra esperanza no posee definición. Vio, y nada

pudo hacer, cómo una retroexcavadora cubrió de tierra su cuerpo tumbado en aquel agujero de impotencia. Su alma era un triste precipicio; no dejaba de sentir como un abismo todo cuanto lo rodeaba. Se percibió hueco, y todo se volvió vacío. Todo se veía negro como el inicio de los tiempos. Quizás eso significaba el comienzo de una nueva vida.

Vio a las tinieblas entrar en movimiento; se condensaron de pronto en un círculo milimétrico. Se formó una pupila, la cual dio paso a un iris, del cual surgió a una esclerótica muy antigua que pertenecía a un rostro ya conocido por Víctor. Recuperó el tacto, el equilibrio y el sentido de la supervivencia, pero no la tranquilidad de la certidumbre. Aún seguía de pie en la calle de las ánimas; acababa de despedirse del Terrible Manaba. Lo vio todo en la virulenta pupila del viejo. Pero algo había cambiado en aquella mirada: su expresión ya no era de enojo, sino de sonriente picardía.

# Rebeca

---

Hace muchos años atrás cuando la realidad de la vida y de las cosas parecían ser el único problema de Rebeca, de repente aquella noche de abril dio un giro de 180 grados a su historia personal. La primavera ya no venía con todas sus luces, el cielo ya no se veía azul, el pajarito en la ventana de la habitación ya no cantaba por las mañanas.

Y así, sin pensarlo, el reloj dejó de girar y el corazón de Rebeca se empezaba a apagar, pero aquellos ojos dormilones y aquella sonrisa enternecedora no dejaban de preguntarse, si ella podría tener la varita mágica que pudiera salvar a todos de este mal, si lo que estaba viviendo era un sueño o una realidad.

Gabriel, el hermano menor de Rebeca, no entendía cómo, de todas las formas en las que uno puede morir, esta sería la más trágica.

Los hermanos estaban desconcertados, tratando de entender esta nueva situación de vida. Para ellos las mañanas pasaron a ser eternas, y tras la ventana, veían un mundo aterrorizado, pensando en qué momento todo se detuvo, las salas de cine estaban vacías, ya no escuchaban

los autobuses pasar y tampoco veían a Don Luis trotar por las mañanas. Lo único que existía en ese momento eran días grises, llenos de tristeza y soledad.

Los anuncios en la televisión no solo los hacían sentir más angustiados, también reflejaban la desesperación de las personas que rodeaban el mundo de Rebeca, ese mundo que en algún momento estuvo lleno de buenas historias y pequeños problemas que parecían ser importantes.

El tiempo se hacía eterno, la vida se había convertido en una odisea que se veía muy lejos de acabar. Y justo en ese momento cuando todo parecía imposible, Rebeca encontró una pequeña luz que le ayudaría a salir adelante: la escritura.

En la pandemia Rebecca empezó a escribir, escribía todo lo que le sucedía a diario, redactaba cada momento que pasaba a su alrededor, sus cartas contaban cómo algo tan pequeño podía consumir y acabar con la especie humana. Es así como nació su libro *100 y 1 cartas antes de navidad*.

Una de las cartas contaba cuánto deseaba volver a ver a sus abuelos y que la idea de ir a la playa sería la más ideal, también narraba como cada mañana era un abrir boca con noticias dolorosas, que solo llenaban a las personas de más incertidumbre.

#### Carta 98

*Noviembre está por terminar y cada mañana me levanto con más dolor, hoy no he escuchado de la muerte de alguien; sin embargo, esto se ve lejos de terminar. Quisiera estar en la playa o en la casa de campo junto a los abuelos ¿Y los abuelos cómo estarán? de seguro están bien, luego le preguntaré a mamá. A veces pienso que esto llegó para llevarse consigo a todos quienes hacen daño o tal vez sea obra de algún extraterrestre, ya se acerca Navidad, de seguro hasta eso todo cambiará.*

La Navidad no tardaba en llegar, pero no era lo mismo, nada era igual. El único consuelo de Rebeca era escribir, sus días eran largos y vacíos pero sus noches estaban llenas de cartas escritas a la nada. Cartas que reflejaban los pensamientos de una chica a la cual solo le importaba conseguir los anhelos de su corazón, que nunca pensó que el reloj se detendría por tanto tiempo. Solo sus sueños, y su espíritu lleno de amor, la ayudaron a seguir, tal vez el resto no lo podía entender, pero era así.

En sus cartas, Rebeca expresaba cómo aquello que nunca se vio venir estaba causando tanto dolor, la gente pasó de tratar del salvar al mundo a sálvese quien pueda. Entre líneas escribía cómo los medios de comunicación contaban la lucha diaria que tenían los médicos y enfermeras, pero también hablaban sobre la navidad y la ilusión de volver a reír y bailar como antes.

El último día de Navidad se acercaba y traía consigo una mezcla de emociones que salían a relucir en esta época. Una noche antes Rebeca había escrito la carta número 101, una misiva que no dejaba atrás la esperanza de una joven cuya vida se reducía a cuatro paredes.

*Carta 101*

*Hoy es la mañana de Navidad, aún no veo a los abuelos, pero sé que están bien y eso me da ánimos. Desde pequeña mis navidades han sido perfectas, llenas de amor y momentos que al recordarlos se vuelven a vivir, tal vez hoy se sienta diferente debido a todo lo que está pasando, pero tener a Gabriel y a Mamá cerca es todo lo que necesito. La escritura me ha llevado a escribir la realidad de mis días para así pensar en un mundo donde fui feliz y no lo sabía, ese mundo que ahora se ve lejos de llegar.*

Rebeca era una chica que vivía siempre tratando de entender el mundo, cuando de repente ese mundo que le había costado tanto entender, y que ya no estaba, había sido el mejor lugar posible para vivir.

Con la llegada de la pandemia se vio envuelta en un tiempo lleno de incertidumbre y días tristes, lo importante es que justo en esa época encontró su mejor aliado y su consuelo más grande: sus hojas de papel y su lápiz de escribir.

# Injusticias en pandemia

---

En un día común y corriente se dio la noticia de un virus contagioso que llegó al Ecuador y a partir de allí empezaría una cuarentena de varios meses en el país, las personas de la comunidad del Cisne fueron sorprendidas por esta noticia, la familia Torres viven del trabajo diario y permanecer en sus hogares significaba no tener comida en sus mesas. Por el contrario, la familia Carangui tenía una empresa de purificación de agua la cual si les permitía laborar pero solo hasta las 14:00, horario que no les convenía económicamente.

La menor de la familia Torres, llamada Samantha, se arriesgó a salir a conseguir algo de comer para su familia. En el momento que ella regresaba a casa, unos policías la lograron ver y la persiguieron, lastimosamente la atraparon, pero ella suplicaba diciendo ¡por favor lleven estos alimentos a mis padres! Uno de los policías se compadeció de las palabras de la joven y llevó los alimentos a su familia.

Ese mismo día, la familia Carangui decidió trabajar con todo cerrado hasta las 18:00, descatando la orden establecida, los policías que

monitoreaban la zona se dieron cuenta de esto y forzaron la puerta y encontraron a la hija mayor, Lucía, poniendo etiquetas en los bidones de agua y se la llevaron a la cárcel en ese instante.

Ya en la cárcel se conocieron Samantha y Lucía, quienes venían de dos mundos diferentes, pero ambas compartían la angustia y el miedo de estar allí encerradas. Era una injusticia verlas allí, presas, solo por trabajar para sus familias.

Pasaron las horas y llegaron los papás de Lucía Carangui, desesperados por saber de su hija. Los policías informaron que ella estaba laborando en horario no autorizado y después de una larga charla, lograron pagar la fianza y sacar a su hija de ese horrible lugar.

Mientras tanto, la familia Torres estaba muy triste por no tener cómo trasladarse a la comisaría. Ellos decidieron caminar hasta llegar allá, donde fueron atendidos de mala manera y no les permitieron ver a su hija. Los padres de Samantha querían dialogar con los policías, pero dijeron que era imposible dejar salir a la joven sin pagar la multa.

Los Torres eran una familia de escasos recursos y se fueron de allí, llorando, con impotencia y dolor por sentir que las autoridades estaban cometiendo una injusticia con ellos.

Pasó una semana y Samantha seguía en la cárcel, sus papás reunieron el dinero para la fianza, pero los policías dijeron que su hija incumplió una orden dada por el gobierno, así que la cantidad a pagar aumentaba y si ellos no cancelaban en ese mismo instante pasaría una semana más en prisión. Los papás de la joven en súplicas decían a los gendarmes:

- ¡Tengan compasión de nosotros! ¡no tenemos más dinero! -

Ante estas palabras, los policías, con tono despectivo, respondieron:

- ¿Acaso ese es nuestro problema? ¡Váyanse de aquí y vuelvan la otra semana a retirar a su hija!

Pasó una semana, y el día que los padres fueron a retirar a Samantha, se encontraron con una grata sorpresa: Lucía Caranguí había pagado la fianza, no sin antes tener que sobornar a los policías para lograr liberar a Samantha. Los padres de la joven estaban agradecidos con ella pero al mismo tiempo sentían indignación por la injusticia cometida. Entraron a prisión cabizbajos, retiraron a Samantha y salieron sin decir una sola palabra.

Allí, ambas familias comprendieron que las personas que conforman el gobierno de turno son las que más dinero tienen, dinero que pertenece al propio pueblo ecuatoriano. Sin embargo, las injusticias en pandemia demostraron que la crisis sanitaria no fue lo peor que pudo habernos pasado, sino que lo peor fue la crisis humana, moral y ética, que afectó a los más vulnerables y pobres del país.

## Bendito amor de pandemia o ¿serendipia?

---

Y sí, ella era una religiosa y él un militar...un hábito blanco y un uniforme verde...un rosario en la mano y un arma en sus brazos... yo oraba por la salvación de las almas y tú luchabas por la salvación del pueblo...por ahí creo que empezó este amor de locos...

Era pandemia, Covid unos le llamaban, yo simplemente oraba vestida con mis hábitos y mi oficio en mis manos..., pero mi mente, mi corazón era mundano y la Lectio no la hacía con tanto fervor, me dormía en oración, las horas de guardia para mí era escribir poemas y las horas santas las divagaba imaginándome mmm, por ahí...es que ya había un ser que digamos me hablaba bonito.

Era la celebración del Adulto Mayor en el Hogar donde yo realizaba mi apostolado y el cuartel estaba cerca y siempre íbamos a pedir favores y elementos para algún evento y esta vez me tocó ir a mí a hacer esa diligencia y sí, se presentó ante mis ojos, ante mis claros ojos este hombre vestido con su uniforme jaguar y yo que siempre soñé con tener un amor militar, me fascinó, me encantó, me gustó. Y él simple-

mente me atendió y lo invité a las celebraciones del Hogar que con gusto aceptó.

Esa noche no dormí, pensé mucho en este hombre que me atendió y vaya sorpresa dos días después la Directora de la casa, es decir la Hermana Clarita me envía nuevamente al cuartel a devolver los elementos que nos habían prestado para el evento.

Y me enteré por sus labios con el pasar del tiempo que él pidió a la directora mi número de celular con el pretexto de comunicarse conmigo para organizar actividades con los Adultos Mayores en el cuartel, pero su objetivo era otro...sí, el que estás pensando, pues yo era Pastoralista y juniora de votos simples, tenía 21 años, ¿entonces se imaginan cómo era yo?

Un mensaje de pronto llegó a mi celular y era él y con la siguiente pregunta:

Hermanita ¿usted me puede escuchar, estoy pasando momentos difíciles en mi vida, necesito alguien espiritual que me escuche y pensé en usted, puede por favor? Ese fue el día donde los mensajes y llamadas nunca dejaron de llegar...

Pasó el tiempo y esa amistad creció y sí, pasó, nos enamoramos y en una carta que me dejó frente a mi celda por el lado de atrás de la Clausura, sin que nadie note su presencia, puesto que se fugó tal cual llegó. La carta contenía una rosita dibujada y se percibía el suave olor a su perfume, la carta decía lo siguiente:

Me estoy enamorando de ti  
lo siento en cada palpitar de mi corazón,  
me robas el suspiro que destilo  
y este sentimiento se convierte en dulce sensación.  
Solo un retrato contempla mis ojos  
y a la luz del día mirarte quiero,

mirarme en la niña de tus ojos,  
pero más tenerte a mi lado prefiero.  
Quizá el suave susurro de tu voz  
es el delirio de mi agonía,  
mátame de amor y besos  
y mi corazón en tus manos entregaría.  
Cuál química entre los dos injertamos  
entre un militar y una rosa,  
cuál aliento fresco, pero cerca  
cuál aliento fresco quiero de tu boca.  
No sé si es más difícil escribirte sin tenerte  
y tenerte y no escribirte nada  
contemplo tu mirada en mi memoria  
porque en mi memoria haz hecho tu morada.

### Te amo mi Rosita bella

No podía seguir así con mi corazón en dos mundos distintos y desde antes ya quería dejar los hábitos, pero no estaba segura, no tenía un buen discernimiento y sí yo prefería formar una familia antes que quedarme más tiempo aquí y antes de pedir la dispensa de mis votos y puesta en oración le respondí en una carta que le envíe junto a un postre de tres leches que hice con el fin de agradecerle su ayuda al Hogar. La Directora no sospechaba y nunca lo llegó a saber.

No le pido más al cielo que tu amistad,  
aquella que brilla cuando mis noches son oscuras,  
tan presente llega en el momento correcto,  
cual musa te dice al oído que yo te necesito.  
Amistad en un conjunto de algarabías,  
que sin preguntas dan respuesta  
más dijera que esta amistad es un juego,

sí, un juego al azar donde no hay apuestas.  
Que si miro al cielo y pregunto a Dios por ti  
cual palabra tuya mágicamente llega,  
no sé si es simplemente magia  
o quizá una amistad verdadera.  
Tantos temas que platicamos a diario,  
que sin sentir se nos pasa el ocaso  
y en la aurora un saludo vespertino  
y un mensaje a cada paso.  
Cómo describir en esta carta esta simpatía  
de dos almas que se llevan sin presión,  
es una amistad sincera y tranquila,  
más yo diría una amistad de corazón.

Con mucho amor, Rosa

Fue mi primera carta que le envíe, pero muchas veces hicimos video llamadas, lo que siempre quería ver, era mi cabello y en dos ocasiones se lo enseñé mientras era religiosa, después me pudo contemplar en toda mi esencia. A mí me gustaba verlo uniformado, tan seriecito que se lo veía, pero era un loco mientras estábamos juntos. Me encantaba escribir versos y él recitaba poemas en mi cuerpo, hacía conmigo una de las más eróticas páginas de literatura y yo le hacía volar la imaginación, le hacía el amor a mi manera ¿sabes cómo? con poemas, versos, miradas, no era necesario desnudar el cuerpo porque siempre comenzaba desnudando su alma y así le hacía el amor a mi manera. Le besaba sus labios con mi tinta, y le desnudaba con mis poemas, le conquistaba el alma con cada letra y así le hacía el amor a mi manera.

La pandemia seguía, estaba en su cumbre y nosotros éramos novios, él trabajaba en la residencia del cuartel y yo estudiaba y trabajaba en una panadería, conocía sus trucos y

también me conocía. No siempre nos veíamos sino solo el fin de semana. Y como su oficio era obedecer las órdenes de sus mayores, tuvo que irse de la ciudad a un lugar muy lejano y la comunicación era muy escasa, sabía que me extrañaba tanto como yo a él y en una carta cuyos bordes estaban adornados me pedía que le escriba expresándole lo que sentía y me hacía falta, pero la falta era él en su totalidad; sin embargo, le exprese lo siguiente en una carta que le llevaría uno de sus compañeros en una balsa mar adentro hasta llegar a la selva. Decía así:

Mi amor desnudarme entre tus besos quiero  
y juntar nuestros cuerpos desnudos,  
yo sentir tu calor, tu piel sobre la mía  
sentirme tu mujer, sentirme sin nudos.  
Desgárrame la piel a besos,  
que yo muero por hacerte el amor,  
quiero ser tuya de una vez para siempre  
y que tú seas mío mi amante corazón.  
Pasa sobre mi cuerpo esa azucena  
pásala que estoy que me derrito  
que la noche no se entere de lo nuestro  
y que esto sea un acto entre gritos.  
Dormir entre tus brazos quiero  
y que una tenue caricia baje por mi espalda,  
que me desnude a besos lo que pueda  
solo que me ames pido, solo amarte quiero.  
Acerca tus labios a los míos  
e intercambiamos amor al son de la media luna,  
viajemos al cielo mientras nos besamos,  
no me dejes sola como a un niño en su cuna.  
He tocado el cielo con este beso  
y nunca olvidaré el dulce néctar de tus labios,

bésame nuevamente, bésame amor mío,  
quiero delirar, quiero delirar con este beso.  
Dame tus manos quiero que estés seguro,  
toma mis pechos soy toda tuya,  
toca mi cuerpo acarícialo suavemente,  
haz con tus manos lo que tu mente le fluya.  
Me dices al oído te amo  
y con ese suave susurro mi cuerpo vibra  
ansiándote estoy desde hace rato  
te quitaré la ropa y nos consumiremos antes que sea día.  
Que esta noche sea única pero no eterna,  
solo Dios sabe si somos el uno para el otro,  
esta noche pasará a la eternidad bajo la luna llena,  
la habitación será testigo y las estrellas se callarán.  
Delirio de una enamorada se refleja  
en esta utopía de amor nunca vivida,  
una crisis desconocida está pasando  
esta alma que a Dios ha consagrado su vida.

Con mucho amor, Rosa

Y así fue nuestro amor entre la algarabía y la sencillez, entre dos desconocidos que compaginan, entre historias y besos, entre risas y preguntas, entre un militar y una ex religiosa. Bendito amor de pandemia o ¿serendipia?

## “Polito” el habitante de calle

---

A veces, cuando llegaba a casa y no encontraba comida en la mesa, daba media vuelta y de inmediato me iba a buscarla. Esos fueron tiempos difíciles. Me asombraba el hecho de que cuando me disponía a salir estando desesperado por hallar algo para llenar mi estómago, pensaba en cualquier otra cosa, y olvidaba la razón por la cual me sentía tan afligido y miserable.

Recorría las calles, una por una, me topaba con personas semejantes a mí, que poseían el mismo infortunio y deambulaban por las vías hambrientos, con sed de conseguir algo, no para ellos sino para sus hijos, sus retoños que habían nacido en un mal momento, o quizá en una época en donde la desgracia se fundía y dispersaba por todos los rincones del mundo.

Pensaba y divagaba conmigo mismo sobre el número de moscas que como yo estarían rondando por los comerciales, restaurantes, plazas, parques, tiendas; pensaba en la comida en todas sus fases, en cómo se preparaba, en lo que la gente hacía, si no la tenía, y en que quizá existiría un modo de solucionarlo para que todo el mundo la tuviera, cuando la necesitara, y no

hubiese que malgastar más tiempo con un problema estúpido y sencillamente sencillo. Sentía compasión por el hombre, por la raza humana.

Perderse una comida no era tan espantoso, el escalofriante vacío de aquellas calles que recorría era lo que verdaderamente me trastornaba. Todas aquellas casas, una tras otra, y todas tan desiertas y apagadas. Exuberantes adoquines bajo los pies y calzadas y balcones de una distinción bella y monstruosa para subir a las casas, y, sin embargo, un hombre podía caminar de un lado para otro todo el día y toda la noche sobre esos costosos materiales y estar buscando un mendrugo de pan.

Esto era lo que me molestaba, su incoherencia. Si al menos, pudiera uno salir con una campana y moverla de un lado a otro para que alguien escuche el tintineo y gritar: *¡Atención! ¡Atención!* Soy un hombre hambriento y estoy dispuesto a hacer cualquier cosa: *¿Alguien desea que lustre sus zapatos? ¿Que saque la basura? ¿Que le haga algún mandado?* Si por lo menos me atreviera a expresarlo sin vergüenza alguna, así de claro, pero no, no es así, ni siquiera abro la boca. Si le dijera a un tipo en la calle que estoy hambriento, de seguro saldría corriendo, y se haría el desentendido, y quizás otros me dirían que vaya a trabajar y me mirarían con cierta curiosidad y desprecio, algunos tendrían lástima y dentro de sí pensarían que un hombre tan joven y completo no tiene fortaleza, y ya forma parte de los tantos vagos que circulan en esta ciudad.

Veo el mundo derrumbarse, miro a mi alrededor y percibo ese hedor nauseabundo de queso rancio que está siendo agujereado por gusanos. Decido seguir caminando, buscando olores agradables para confundir a mi estómago y saciar el hambre. Veo a un hombre bajar de un autobús con su bolso de cuero en el lado izquierdo; siento en él la dulzura que se

siente por lo insustancial cotidiano, por la ordinaria insensatez humana, tal vez es un padre de familia que se dirige a trabajar, por su casa modesta y alegre.

Pierdo de vista al hombre, y me detengo, al lado mío hay una mujer que está esperando a alguien. La joven me examina de pies a cabeza, con cierta cautela se aleja algunos centímetros del lugar en donde me encuentro y yo sigo quieto, divagando sobre lo inútil y ridículo que me veo. Hay mucha gente que camina de un lado a otro, y cada uno de ellos sabe a dónde va, y yo simplemente estoy aquí, permanezco inmóvil, observándolos. Me impaciento, y desisto de continuar parado, entonces, me siento en el suelo sin más preámbulos, me acomodo, y coloco mis pies en forma de mariposa. De pronto, al frente, veo a un hombre sentado, pidiendo caridad a los transeúntes, pero, este hombre tiene una particularidad, él no tiene extremidades.

Recuerdo que cuando era niño, me puse a llorar porque no tenía zapatos nuevos, y los que en ese tiempo decidieron cuidarme, no poseían los recursos necesarios para comprarme aquellos zapatos, pero, ahora me doy cuenta de lo insolente y tonto que fui, de la grandeza de mi ingenuidad, al exigir un par de zapatos; si hubiese visto a ese hombre justo cuando vociferaba de lo frustrante que es ser pobre, de inmediato hubiese dejado de lamentarme y agradecer por lo afortunado que era.

A mi mente, también vienen memorias de escenas llenas de dicha y alegría, como la primera vez que fui solo a la escuela. Siempre tomaba el mismo camino, el camino largo, porque de vez en cuando me distraía con la mosca que desviaba mi mirada, cuando inesperadamente pasaba ante mis ojos, por aquella risa que se elevaba desde cierta calle imprecisa, del sol que regresaba después de varios días de lluvia,

de aquella mujer que utilizaba aquel sol seguro para colgar mucha ropa con ayuda de su hija, en aquellas cuerdas estiradas por los palos en la ventana alta de su casa.

Días en los que el cielo y la tierra se juntaban, y provocaban en mi alma una brisa que me hacía andar con entusiasmo. «No hay dolor más grande que recordar los tiempos felices en la desgracia», me dije a mí mismo, mientras miraba hacia arriba, en donde nadie ha sabido cómo regresar y ha podido averiguar qué es lo que hay en aquel sitio. El cielo se oscureció, estaba estrellado, luminoso, lo miré fijamente y me pregunté: ¿será posible que bajo un cielo como este pueda vivir tanta gente egoísta y caprichosa? Me sentí aburrido, extremadamente aburrido, que bostecé tan ampliamente y las lágrimas empezaron a rodar sobre mis mejillas. Ya era de noche, me acerqué al hombre sin piernas y lo convencí de que esta noche yo sería su acompañante. Él aceptó, y compartió conmigo un pedazo de cartón para cubrirnos del frío, y me regaló una porción de pan.

Me sorprendió ese acto de amor tan puro que tuvo hacia mí, sin siquiera conocerme, entonces, musité: «hoy tendré donde pasar la noche». Fuimos despertados súbitamente por la fuerte lluvia, los cartones se habían humedecido y se doblaban con facilidad, caían a cántaros gotas y más gotas, no había nadie que pasara a comprar el periódico, el pan, o alguna otra cosa como normalmente la gente lo hacía en un domingo por la mañana. Esta ausencia paulatina de transeúntes se me hizo bastante extraña, y de inmediato se lo comenté a mi gran amigo. Él no prestó mucho asunto a mi sugerencia, y me pidió que lo ayudara a levantarse.

Sosteniendo unas muletas, mi amigo decidió caminar hacia un lugar en donde nos protegeríamos de la lluvia. Llegamos al parque, y tomamos asiento en un banco oxidado con herrumbre. Transcurrieron horas y horas, y nadie en lo

absoluto caminaba por las calles. Estábamos solos, pero nos teníamos el uno al otro y con eso bastaba. De repente, pasó un hombre que llevaba en su mano derecha la santa Biblia, y nos comentó que estábamos próximos a padecer una de las tantas pestes que sufrieron nuestros antepasados.

Y sí, efectivamente, ese mismo día había arribado al país uno de los virus más letales en los últimos tiempos. Desde entonces, las personas permanecieron en sus casas, y nosotros estuvimos expuestos todo el tiempo a la Covid-19, no encontramos un lugar que nos escondiera del miedo, el hambre, y la muerte. Mientras otros tenían donde dormir y mantenerse aislados por el virus, nosotros tuvimos que subsistir en las calles, éramos como moscas que en cualquier momento alguien tomaría la decisión de aplastar y con cierto desdén arrojaría al tacho de basura.

En los periódicos, la radio y la televisión, inmortalizaban al coronavirus, día tras día se escuchaba que morían personas a causa de esto. Tan solo quedaba aceptar la realidad que se nos presentaba en ese momento, a pesar de lo triste e irreal que esta podría parecer. La gente ya no era la misma «¡Sálvese quien pueda!» era el letrero que colgaba en la puerta de cada casa que visitábamos para pedir comida.

Me cuestionaba a veces, si alguien cierto día despertaba y pensaba en nosotros, en cómo hacíamos para sobrellevar esta pandemia. En varias ocasiones tuvimos que huir de un lugar que por semanas hicimos nuestro, ya que los policías nos exigían que nos dirigiéramos a nuestras casas porque, según ellos, querían salvaguardar nuestra salud y solo estaban cumpliendo con su deber. Nunca me atreví a manifestarles que mi gran amigo y yo no contábamos con una familia que nos esperara ansiosamente, o alguien que se preocupara por nosotros, simplemente éramos habitantes de calle, que fre-

cuentemente fuimos apartados y rezagados de la calidez y amor que se construía en un hogar.

Mi amigo se había transformado en mi familia, éramos inseparables como Batman y Robin, Scooby Doo y Shaggy, Mike y Sully. En medio de todo el caos que se vivía a nivel mundial, yo había conseguido a un amigo y tras de sí un sentido a mi inefable vida. Pero, precisamente la tarde del 18 de junio de 2020, mi gran y único amigo, o como yo lo llamaba “Polito” había fallecido justamente en las calles que habíamos recorrido durante meses. Aquellas calles que fueron testigo de alegrías, y tristezas. Murió al instante, debido a la Covid-19, fue una muerte tranquila, sin sufrimiento alguno. Muerte sin previo aviso, una vida que se detuvo y pudo detenerse en cualquier momento. Había estado ausente incluso antes de su muerte y hacia tiempo que la gente que lo rodeaba había aprendido a aceptar su ausencia.

Ahora que se había ido, no sería difícil hacerse a la idea de su ausencia definitiva. La naturaleza de su vida había preparado al mundo para su muerte prevista, y cuando lo recordaran, si es que alguien lo hacía, sería de forma imprecisa. Incapaz de cualquier sentimiento de pasión, ya fuera por una cosa, o una idea, no había podido o no había querido mostrarse a sí mismo bajo ninguna circunstancia y se las había ingeniado para mantenerse a cierta distancia de la vida, para evitar sumergirse en el torbellino cotidiano de las cosas. Había vivido en las calles durante veinte años, una vida tenaz y opaca, como si fuera inmune al mundo. No parecía un hombre que ocupaba un espacio, sino mas bien un bloque impenetrable de espacio en forma de hombre.

Universidad Técnica de Machala  
Dirección de Investigación, Desarrollo e Innovación  
**Editorial UTMACH**  
“Cuentos en Pandemia”  
Primera edición digital 2022  
PDF



Dirección de  
**Investigación**  
**Desarrollo e Innovación**

---

**UTMACH**

2022

ISBN: 978-9942-24-158-0

